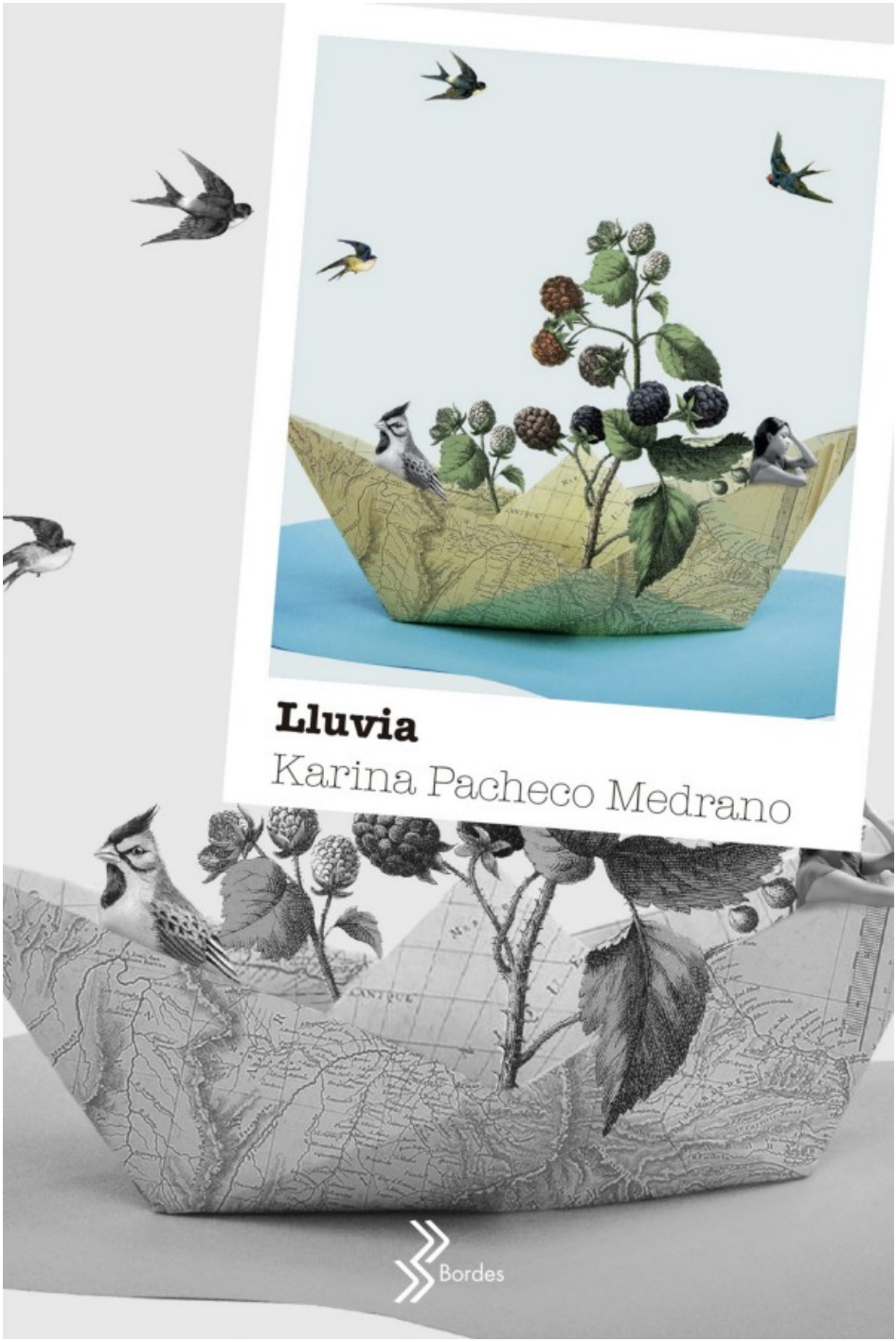

Lluvia

Karina Pacheco Medrano

Bordes

Lluvia

Karina Pacheco Medrano (Cusco, Perú, 1969) es doctora en Antropología por la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado las novelas *Las orillas del aire* (2017); *El bosque de tu nombre* (2013); *Cabeza y orquídeas* (2012), ganadora del Premio Nacional de Novela Federico Villareal 2010; *La sangre, el polvo, la nieve* (2010); *No olvides nuestros nombres* (2009 y 2015), ganadora del Premio Regional de Novela 2008 del Instituto Nacional de Cultura de Cusco; y *La voluntad del molle* (2006 y 2016). También es autora de los libros de relatos *Miradas. Antología de cuentos* (2015); *El sendero de los rayos* (2013), ganador del Premio Luces y Artes de *El Comercio* en 2013; y *Alma alga* (2010). Es una de las escritoras contemporáneas más importantes de Perú.

De esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, no puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Lluvia
©2019, Karina Pacheco

© 2019, Editorial Planeta Perú S.A.
Bajo su Sello Editorial Bordes
Av. Juan de Aliaga 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima-Perú
www.planetadelibros.com.pe

Primera edición digital: mayo 2019

ISBN: 978-612-4430-11-4
Libro electrónico disponible en www.libranda.com

Todo es un juego

Solo teníamos que bajar los cinco peldaños de piedra y el juego comenzaba. Afuera, ellos nos esperaban. Hasta la noche roja, nunca tuvimos que aguardarlos. El pasto seco en invierno crujía como un canto ronco al recibir sus pasos, ese sonido nos guiaba hasta el lugar que hubieran elegido para mostrarse, siempre con trajes coloridos. A veces llegaban vestidos con nuestras ropas y se reían de nuestras caras. Podíamos saltar la soga durante horas, cada vez más rápido, levantando pasto y polvo como si un huracán hubiera despertado. ¿Por qué tanto polvo?, ¿por qué tanto polvo en esta casa?, luego preguntaba madre, pasando el dedo por encima de la mesa, olisqueando nuestras cabezas sudorosas de barro. Cuando sacábamos la pelota, aparecían por montones y nosotros apenas podíamos tocarla. Nos quedábamos boquiabiertos viéndola volar de unas manos a otras con la velocidad de una bala, hasta que el sol se desvanecía, avisándonos que, por ese día, el juego había terminado.

Pero a veces se extendía hasta la noche. Tú, Eleonora, los convocabas con silbidos para que nos contaran las historias de su mundo, que solamente nos ofrecían tras la celosía de nuestra ventana los días en que el frío era fuerte y madre no nos dejaba salir. Ese mundo nos aterrorizaba. Temblábamos al imaginar sus casas subterráneas, donde la única luz es la que se filtra a través de la raíz de los árboles; nos comíamos las uñas cuando hablaban de las profecías de los animales salvajes; nos parecía una pesadilla vivir como huérfanos eternos, sin haber conocido jamás a madres ni padres. Para ellos eso era lo natural y el terror era vivir encerrados en una casa, después en una escuela, y pasarse el día recibiendo órdenes. ¡Ni en mis peores pesadillas!, chillaba el más arrugado.

Estabas por cumplir doce años. ¿Cuál será el juego de mañana?, me preguntaste la noche previa. No podíamos adivinarlo. Madre te levantó temprano, se fue a hablar a solas contigo y de regreso me mostraste su regalo. Un sostén blanco con florecitas rosadas en los tirantes. Lo escondiste bajo el colchón y salimos a jugar. Saltaste la soga con todas tus fuerzas y nos ganaste a todos. Ellos te regalaron un reloj de oro muy antiguo. Le dabas cuerda y marchaba para atrás. Te lo colgaste como un collar, bajo tu blusa, y seguiste saltando. En tu pecho el tiempo también estaría saltando con su cadena de oro. Madre nos llamó a gritos. Sin darnos cuenta, nos habíamos alejado hasta parecer tres puntitos ante sus ojos. En casa, la familia y los vecinos ocupaban la sala, impacientes por cantar el cumpleaños y comerse la torta. Ya eres una mujer, pronunció el abuelo y se comió la cereza del pastel. Pero esa todavía no fue la noche roja.

Yo estaba pintando frutillas en la cabecera de mi cama. Me estaban saliendo muy bonitas. David me ayudaba sosteniendo la pintura. Tú querías verlos y saliste de puntillas, solo cubierta por tu pijama blanco. La puerta empujó un aire frío cuando la cerraste. No va a volver, sentenció nuestro hermanito, dejando a un lado el pote de pintura. No le hice caso, seguí pintando frutillas, muy atenta a que su color saliera intenso.

Por la madrugada regresaste, con el pijama rasgado, con la boca rota, balbuceando. Corrí a buscar a madre. Lo estás inventando, te dijo ella y salió de nuestra habitación enfurecida. Tú esperabas que volviera con la cabeza del monstruo en una pica. Pero volvió con las manos vacías. Él solo te ha dado una paliza, bien merecida por haberte robado el reloj del bisabuelo, afirmó. Insististe. Como si madre no viera los hilos de sangre que bajaban por tus piernas, te dio una bofetada y ordenó que no dijeras embustes. Te llevó a la ducha, con agua fría te bañó, repitiendo que de tanto salir por las noches te habías desbarrancado.

Esa tarde, el abuelo se marchó a vivir nuevamente en la ciudad.

¿Vamos a jugar?, te pedimos David y yo cuando vimos la sombra de sus pasos alejándose. Tú permaneciste estirada sobre la cama, temblando, sin fiebre, mirando el techo. Te dejamos. Con pesar bajamos los cinco peldaños de piedra. Era tiempo de lluvias y fue difícil rastrear sus pasos. Los encontramos sentados al borde del barranco. Eleonora no se ha hecho esas heridas aquí, nos dijeron. Nadie quiso jugar esa tarde. Nos dedicamos a arrojar piedras al abismo, tratando de contar cuántos rebotes daban hasta quedarse quietas. ¿Es cierto lo que contó Eleonora?, les pregunté. Se miraron unos a otros, el más alto no era más grande que David, que recién iba a cumplir seis años. Hicieron revolotear sus manos de seis dedos como si quisieran hechizarnos. Vuestro mundo es de te-te-terror, nos dijo el tartamudo. ¡Ni en mis peores pesadillas viviría allí!, chilló el más viejo.

Padre volvió de la guerra, cansado, callado, pero preguntó muchas veces qué te había pasado. Por la noche salió de casa sonámbula y cayó por el barranco, repitió madre. Una lágrima se deslizó por tu mejilla. Trajeron más médicos. Se habrá golpeado la cabeza, dijo uno. Se habrá asustado con la caída, hay que dar tiempo al tiempo, señaló otro. Ella tenía un reloj de oro que marchaba para atrás, recordó David. Madre lo miró como si estuviera loco. Tú quitaste la vista del techo y también lo miraste. Entonces te pusiste de pie, Eleonora. Voy a estar bien, dijiste.

¿Vamos a jugar?, te preguntamos en cuanto el médico se marchó. Negaste con la cabeza. Te quedaste mirando las frutillas, tan rojas, rojísimas, que yo había pintado en mi cabecera la noche en que te marchaste vestida de blanco y volviste rota.

Tampoco al día siguiente quisiste salir, ni al subsiguiente. A través de la celosía, ellos te deslizaban rosas. Madre dijo que por ese año sería mejor

que no fueras a la escuela. En tus viejos cuadernos colocabas los pétalos de aquellas rosas y los guardabas en una caja de zapatos, bajo tu cama. Una tarde sacaste todos los pétalos secos de un cuaderno y los estrujaste con tus dedos. Cubriste tu cabeza con ese polvo carmesí, blanco, anaranjado, perla. ¿Qué haces?, te pregunté. Arrancaste una hoja del cuaderno y escribiste algo con lápiz. Para ti —me dijiste—, pero no lo debes leer hasta que cumplas nueve años. Aún faltaban tres meses. Cerraste la caja. Voy a tomar aire fresco, te escuchamos decir mientras salías. ¡No va a volver!, clamó David y se echó a llorar. Quise seguirte, pero me quedé atrapada en la madera del suelo.

Ellos tampoco volvieron. A veces, cuando de repente el viento levanta un remolino de polvo, el tiempo en el reloj da marcha atrás.

Reyes del bosque

El río amaneció en cólera, acarreando nenúfares y enjambres de hojas como navíos en guerra. El calor era agobiante, no pude imaginar que debajo el agua arrastraba mucho más que gráciles follajes. Al zambullirme, estrellé mi cabeza contra un tronco. No recuerdo qué pasó a continuación; supongo que, por instinto de supervivencia, me empujé de vuelta a la orilla. Cuando reaccioné, el cuerpo entero me dolía y me costaba moverme. Los minutos que permanecí inconsciente fueron ocasión para un banquete comandado por mosquitos al que también acudieron zancudos y un par de avispas. Al incorporarme, no sé si me dolía más el golpe en la cabeza o las picaduras. Me cubrí con la toalla y con pasos lentos fui a refugiarme al hotel.

En la entrada, la cocinera estaba encaramada sobre una banca limpiando los marcos de las ventanas. Iba a preguntarle por el botiquín; ella lanzó un grito. Mi cara estaba cubierta de sangre seca. Me ofreció el brazo para ayudarme a llegar a mi habitación; luego se marchó en busca del administrador. La cabeza empezó a darme vueltas. Destellos como luciérnagas volaban a mi rededor. Y, de repente, recuerdos antiguos como centellas oscuras atravesaron mi mente. Caminé hasta el baño, quería ducharme, mojarme la cabeza, refrescarme.

Frente al espejo, comprendí que esa cara manchada de sangre era mi verdadero rostro. El tronco arrastrado por un río de la selva nada tenía que ver con ese resultado, con esa imagen cierta. Una parte de mí deseaba mirar hacia otro lado; la otra insistía en mantener los ojos fijos en mi reflejo. Al fin y al cabo, ya era hora de enfrentarme a lo que durante años había evitado.

La puerta de mi habitación empezó a sonar. Era absurdo lavarme la cara solo para responder a quien estuviera llamando como si fuera una turista accidentada cualquiera. Pero los golpes no cesaban:

—Un momento, por favor —contesté en voz alta.

Lavé mi rostro rápidamente y fui a abrir.

Era el administrador del hotel. Me pidió disculpas por haber llamado con tanta insistencia; dijo que llevaba largo rato esperando, pensando que tal vez yo habría caído inconsciente de nuevo. Portaba un aparatoso botiquín, cuyas tres puertas descorrió sobre el escritorio.

—He llamado al pueblo para que un médico venga a revisarla —señaló.

—No hace falta —respondí.

—Con golpes en la cabeza es mejor ser precavidos —apuntó, al tiempo que extraía algodón y una botella de desinfectante—.

Esto es para que se limpie la herida… Si usted desea brindarse los primeros auxilios sola, claro —añadió.

Asentí, pero él siguió sacando más frascos, explicándome los usos que podría darles. Solo presté atención cuando habló del alcohol alcanforado para aliviar las picaduras. En ese momento me di cuenta de que seguía en bikini, exponiendo mi cuerpo arrasado por el batallón de insectos.

Yo deseaba que se marchara, quería bañarme, quería descansar, quería que me dejaran sola, quería adelantar mi retorno a casa. Quería escapar.

Me quedé estirada sobre la cama, sin fuerzas. El alcohol alcanforado consiguió aliviarme la picazón de los mosquitos, aunque su efervescencia parecía elevarme por encima de las sábanas, como si me arrojara fuera de mí, fuera de las mentiras.

Hay un pájaro en la selva al que llaman pamuk, solo canta en las noches de luna llena. Su sonido recuerda la caída de tres gotas de agua sobre una copa de cristal. Esa noche estaba cantando, aunque la luna estuviera en fase creciente. Es por el cambio climático, me dijo el camarero a la hora de la cena. Yo era la única huésped en aquel confortable hotel venido a menos, de modo que recibía atenciones desmedidas por parte de los empleados, así como pedidos sutiles o descarados para que le hiciera propaganda entre mis amigos y conocidos dentro y fuera del país.

—Seguimos teniendo la mejor ubicación en la reser-va —me recordó el administrador, sentado en una mesa contigua.

Desde que llegué, el tipo parecía haber sincronizado sus horas de comida con las mías. No sé si lo hacía para hacerme sentir acompañada o, más bien, para recargarme la responsabilidad de propagar las bondades de su hotel y el riesgo de cierre que pendía sobre él:

—Cuando usted se marche, aquí todos tomaremos vacaciones obligadas por dos meses. Y quién sabe si después las cosas habrán mejorado como para reabrir.

—Pero esta es temporada baja —repliqué—. Es natural que por tantas lluvias y mosquitos poca gente venga en estas fechas.

—¿Pero no recuerda usted cómo antes nunca teníamos temporadas bajas? —apuntó.

Introduje un trozo de yuca en mi boca, no supe qué contestar. Me preguntaba cómo podía ser tan estúpido aquel hombre para no darse cuenta de la magnitud de los cambios ocurridos desde las épocas de esplendor del hotel al que con tanto celo servía.

—Bueno, estos son nuevos tiempos —repuse, y de inmediato tomé un gran bocado de arroz, pretendiendo acabar con la charla.

—¿No le apena que las cosas hayan cambiado tanto? —insistió.

Lo miré a los ojos con rabia, aunque esforcé una sonrisa y me dispuse a cortar un trozo del sajino que tenía en el plato.

Pero era cierto: once años atrás, ese hotel y la capital de aquella provincia vivieron un esplendor que conocí muy de cerca. Lo disfruté como si fuera mío. A pesar del inclemente calor, me recorrió un escalofrío. Tratando de disimular algo que solo yo percibía, bebí un trago de limonada.

—¿Se va sintiendo mejor? —me preguntó de repente.

—Sí.

—Felizmente, el médico dijo que la contusión es superficial, ¿verdad?

—Sí, ahora lo único que me sigue molestando son las picaduras, y el calor no ayuda.

—Tómelo por el lado bueno: la presencia de tantos mosquitos es indicativa de que esta selva todavía está preservada.

Asentí y quise esquivar de nuevo la charla, pero él añadió algo más:

—No olvido que fue usted quien nos dijo que, de no ser por los mosquitos, el paraíso de la selva ya estaría plagado de centros comerciales y cemento. ¿Cómo lo dijo…? «Ellos son los reyes y amos de la selva»; algo así, ¿verdad?

Sonreí. Recordé que, en efecto, yo había dicho eso once años atrás, la primera vez que pasé una temporada en el Bosque Azul, tal era el nombre del hotel. Estaba fascinada por el paisaje que lo rodeaba y por las comodidades que ofrecía pese a hallarse en el sector de ingreso a una reserva natural. No obstante, podía observar que ni ese cómodo y protegido albergue evitaba la intrusión de los mosquitos, esos diminutos reyes de los bosques tropicales que, sin mayor ostentación de poder, a nadie libran de un impuesto de sangre.

Lo que no sabían el administrador ni los mosquitos es que la sangre que durante tres años pagué a los bichos de esa selva, yo también me la cobré cara; de modo que, al cabo de ese tiempo, me compré un amplio departamento en un barrio exclusivo en la capital del país. Allí he vivido desde entonces, sin tener que usar repelente, ni andar cubierta por camisas largas y botas de hule para evitar la mordida de ningún insecto. Pero, a decir verdad, el mayor impuesto de sangre que costó mi bienestar lo pagaron otros.

No pude terminar la cena, me retiré a dormir. Apagué el interruptor. Las estrellas extendían una luz asombrosa. A través de aquella ventana sin cristales, resguardada por un mosquitero de hilos transparentes, podía distinguir la silueta de un sinfín de árboles y matorrales, también podía escuchar a las cigarras como si estuvieran cantando a mis pies. Y, sobre todo, seguía escuchando al pamuk. Tres gotas de agua caen sobre una copa de cristal. Silencio. Y otras tres gotas caen de nuevo, una tras otra. ¿De qué tamaño es la copa que las recibe? El pamuk cantó toda la noche y yo no pude dormir.

A los veintiún años me interné en la selva profunda por primera vez. Ya conocía algunos pueblos de la selva alta del Cusco, quedaban a cinco o seis horas de la ciudad por tren o carretera; era agradable y divertido pasar vacaciones en Santa Teresa o Quillabamba. Pero la selva baja en territorio de reserva, a la que solo era posible acceder por avioneta o río, era algo muy distinto: ocupada por poblaciones que se hacen invisibles ante el paso de turistas e investigadores, está cargada de sonidos insólitos, como el de las hojas que caen continuamente sobre el río, o el del vuelo de los mosquitos en busca de alimento. ¡Zas! Suena el golpe de mi mano sobre mi otra mano para aplastar al mosquito que me estaba picando.

Han pasado casi veinte años desde aquel viaje, desde que me lancé a una de esas lagunas amazónicas llamadas cochas. Perdido el temor a toparme con algún caimán o a ser mordida por pirañas, lo que vino a continuación fue nadar cada vez más adentro, de pecho, de espaldas, buceando en momentos, también flotando; observando desde el centro mismo de la cocha el sol, las mariposas, las orillas inundadas de árboles; escuchando el graznido de los pájaros y el salto de algunos peces sobre el agua; escuchando mi risa, su risa.

—Ya somos los reyes del bosque —me dijo.

Era cierto, Oscar. Conocidos ambos por ser los mejores alumnos en casi todos los cursos de la universidad, habíamos sido seleccionados para trabajar como asistentes del afamado investigador Mark Holle en su recolección de testimonios sobre ocupación humana en la reserva de biósfera del Manu. Hasta aquel baño en la cocha, Oscar y yo solo habíamos sido amigos. Esa noche nos quedamos en mi carpa bebiendo un vino de caja y amanecimos haciendo el amor.

Seis años después, ya graduada y cansada de no hallar ningún trabajo estable ni medianamente remunerado, postulé a una convocatoria publicada en un periódico de circulación nacional en cuyo anuncio resaltaban las frases «selva norte» y «honorarios remarcables». Tres antropólogos fuimos preseleccionados. Como yo era la única que no vivía en Lima, me aplicarían la entrevista personal por teléfono y esto me hacía sentir insegura, en desventaja. En un momento pensé que quizás fuera mejor que no me seleccionaran. Nada de esto había comentado con Oscar. Recién la tarde previa a la entrevista, le hablé de esa postulación. Postulación infame, la llamó él.

—¿No sabes de qué empresa se trata? —me cuestionó—. ¿No sabes que a cada rato buscan antropólogos que les ayuden a ganarse la confianza de las poblaciones amazónicas para luego estafarlas?

—¿Por qué lo ves todo del lado negativo? —le contesté—. Siempre te crees el ser más puro, el que lo sabe todo. No se te ha ocurrido que las empresas petroleras existirán con o sin mí y tienen la oportunidad de mejorar sus acciones y visiones si la gente limpia se implica con ellas.

Se echó a reír.

—¿Cómo puedes ser tan arrogante? —le dije.

—Tú no seas ingenua; mejor dicho, no te hagas la ingenua. Sabes bien que con un buen sueldo te van a comer rapidito; te van a fa-go-ci-tar.

Sus pupilas estaban encendidas. Yo sentía vergüenza y rabia por lo que me estaba diciendo, y con todo el corazón deseé obtener esa plaza y con ella alejarme de su lado.

—Si tú me hubieras pedido que abandonara esa postulación porque no quieres que me vaya lejos, la echaría por la borda —le confesé, conteniendo el llanto—. Pero, una vez más, reaccionas como si estuvieras por encima del bien y del mal. Siempre andas juzgando a los demás y, sobre todo, a mí, a mis principios. ¡Estoy harta!

Me miró con sorpresa.

Tres días después me informaron que había obtenido el puesto. Los cuatro trabajos como asistente de investigación en la selva sur que había sumado en mi currículo desde que era una estudiante parecieron ser el factor determinante. Pensé en Oscar. El día de la entrevista había conocido al fin cuál era la suma de dinero detrás de la frase «honorarios remarcables», de modo que también pensé en la oportunidad extraordinaria que tenía entre manos. En una semana más debía viajar a Lima para firmar mi contrato e iniciar un entrenamiento intensivo de quince días antes de internarme en un campamento petrolero próximo a la frontera con Ecuador. Conocer la selva norte era un sueño; sentir mis capacidades reconocidas y por fin bien remuneradas era un desagravio; ¿qué tenía eso de malo? Comenté esto con Oscar cuando lo llamé para avisarle que había obtenido el puesto.

—Piensa que tienes una semana para reflexionar. Aún estás a tiempo —esa fue su respuesta y no quiso verme hasta que hubiera tomado la decisión final.

—Solo será un año de trabajo —clamé—; con cinco salidas de dos semanas y pasajes pagados hasta Lima. Desde allí podría venirme directo al Cusco para verte —propuse—. Y cuando tú quieras, podrás visitarme en el campamento.

—Piénsalo bien —insistió.

—Con lo ahorrado, dentro de un año podríamos comprar un departamento y podríamos casarnos —repliqué.

Silencio.

—¿Por qué no hablamos de esto en persona, por favor? —le rogué.

—No es posible —repuso—. Esta decisión la tienes que tomar tú sola. Y debes saber que si aceptas ese trabajo, será difícil que podamos mantenernos juntos; así que es mejor que desde ahora, sin vernos, te hagas a la idea de cómo va a ser vivir aparte.

Quise llorar. Sin embargo, poco después de colgar el teléfono, asumí

que no quería abandonar esa oportunidad. Durante seis años Oscar se había impuesto sobre mis ideas, sobre mis propuestas; quizás ese trabajo también me brindaba la oportunidad de escapar de ese círculo.

Aquel era uno de esos amaneceres en que las nubes bajan hasta las faldas de los cerros del Cusco. Me puse un buzo y salí a correr. Creía que mientras más velocidad le pusiera a mis pasos, más posibilidades tendría de extirparme las angustias de las últimas semanas. Esa tarde tenía que recoger mis pasajes a Lima de una agencia aérea, y al día siguiente debía marcharme rumbo a una nueva vida. Corrí hasta el cerro más próximo a casa y lo empecé a remontar. Quería probarme a mí misma si sería capaz de tocar con los dedos alguna nube.

Lo logré. Sin necesidad de volar en un ala delta, con los pies puestos en tierra, aunque con los pulmones a punto de explotar, ya estaba acariciando las nubes. No es blanco su color cuando están al alcance de la mano, se ve más bien como una miríada de cristales de agua transparente, fresca. En mis manos se esparció como rocío. Me quedé mirando mis palmas abiertas, brillantes.

Cuánto ha cambiado el Cusco desde entonces. El promontorio de piedras desde donde toqué las nubes está a punto de ser alcanzado por las urbanizaciones que crecen en los cerros. Aquel amanecer observé mi ciudad con ternura; allí tenía a mi familia, a mi novio, a la mayoría de mis amigos… Y tan cerca el campo. La selva alta tampoco quedaba lejos. Empecé a cantar. Unos niños aparecieron como si bajaran de las nubes; seguramente se dirigían desde alguna comunidad campesina a su escuela en los lindes de la ciudad. Me observaron con curiosidad. Nos sonreímos. Ellos siguieron bajando por la ladera. Yo seguí cantando.

Oscar vivía en un pequeño cuarto alquilado. Aparecí en su puerta de sorpresa y me dejó pasar. Hicimos el amor con la intensidad de la primera vez que nos entregamos en la selva; ansiosos, torpes, seguros de nuestro deseo.

El recuerdo de aquella mañana temblaba más que la avioneta que me condujo hasta el campamento donde iniciaría mi primer trabajo «serio». Una nueva vida me aguardaba, lejos de casa, sin novio, de nuevo en la selva; en esa selva baja antaño impenetrable que en el presente seguía atestada de mosquitos y petróleo.

No volví al Cusco en mi primera salida. Oscar me extrañaba más de lo que yo hubiera podido suponer y acordamos encontrarnos en el Bosque Azul que, sin proponérselo, había quedado en la frontera entre una reserva natural y los lotes de petróleo. Por entonces aún acogía a numerosos grupos de investigadores de flora y fauna. Rodeados por gente que comentaba sobre sus observaciones de pájaros, anfibios y plantas medicinales en inglés, holandés y francés, así como por un grupito de

funcionarios que hablaba en castellano de las nuevas reservas de petróleo descubiertas, Oscar y yo tomábamos una copa de vino blanco, seguros de que nunca más nos separaríamos.

Cada uno de esos días acudimos al río para refrescarnos. Nos retábamos a nadar hasta su centro, al principio; y más adelante, a atravesarlo hasta la otra orilla. Allí hacíamos el amor, sin molestarnos por las picaduras de los mosquitos en la superficie, percibiendo el roce de algunas algas entre nuestras piernas. Seis meses después, él empezó a trabajar en el campamento. Comenzamos a vivir juntos, pensando muy poco en el pasado; dedicados, más bien, a hacer planes de corto y largo plazo, como casarnos cuando volviéramos a instalarnos en Cusco o Lima.

En mi segundo año en el campamento se desató un conflicto con la población nativa debido a los derrames de petróleo que estaban contaminando las áreas donde estas fueron desplazadas. Con mi ayuda y la de otros dos antropólogos llegados de Lima, se logró calmar los ánimos. La empresa acordó pagar compensaciones en dinero, herramientas de labranza y medicinas, mientras el Estado se comprometió a iniciar sin más demora la construcción de las escuelas que había ofrecido. Oscar me comentó alarmado que, por lo bajo, los administradores del campamento también estaban entregando compensaciones en cerveza y aguardiente. Me alegré de que solo nos quedara un año de trabajo. La empresa ya no precisaría de nuestra presencia continua; ni Oscar ni yo deseábamos permanecer más tiempo en una selva que nos empezaba a afligir. En el campamento ya no había muchos mosquitos, pero el calor trepidante y el agobio de unas compañías bastante tediosas nos estaban consumiendo. Encima, cada semana los empleados recibíamos la recomendación formal, casi obligatoria, de no alejarnos de las instalaciones; de modo que nos guardábamos las ganas de verdadera selva para nuestras salidas; muchas de ellas las pasábamos en el Bosque Azul, donde éramos tratados a cuerpo de rey.

La muerte es una sinfonía de tambores en guerra atrincherados en el corazón que está a punto de apagarse. No tengo otra definición. Así la conocí yo. Era abril y anochecía. Faltaban dos meses para concluir mis labores en el campamento; estaba leyendo *Momentos estelares de la humanidad*, uno de los libros que había comprado en mi último viaje a Lima. Había empezado por la historia de la composición de *El Mesías* de Händel. Me había detenido un instante y pensaba en aquel autor derrotado, consumido y, de repente, alcanzado por un aliento que le devolvió a la creación. Entonces oí los tambores, a lo lejos. Creí que era mi imaginación, acaso alterada por la emoción de aquella lectura. Oscar estaba durmiendo una siesta. Siguió estirado en la cama mientras el bombeo de los tambores se acrecentaba. Me acerqué a su lado, lo moví

suavemente. Él no despertaba. Lo sacudí:

—¡Amor, despierta!

El estruendo de los tambores y otros gritos escalofriantes se confundieron con el mío.

Oscar despertó. De un salto se puso en pie.

—¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando? —exclamó.

Durante mi primer año en el campamento, mi labor principal había consistido en reunirme con los representantes de las tres comunidades que vivían en los lotes de petróleo concesionados a la empresa para convencerlos de que se mudaran veinte kilómetros al oeste. Con ayuda de un traductor wampis, les aseguraba que el traslado les supondría más ganancias que perjuicios: su nuevo territorio se mantendría limpio de contaminación, la empresa les dotaría de dinero y herramientas, y el Estado crearía escuelas bilingües en cada una de las comunidades. Podía percibir que no confiaban en mis palabras; aun así, logramos alcanzar un acuerdo. Poco después, el hallazgo de nuevos yacimientos de petróleo exigió que se desplazaran veintidós kilómetros adicionales y, nuevamente, me tocó convencerlos de los mayores beneficios que recibirían, aunque todos sabíamos que la fauna y el agua en esos sectores era ostensiblemente menor. En ese contexto se produjeron los derrames que hicieron estallar el primer conflicto que fue zanjado con la construcción de las escuelas y el reparto de dinero y alcohol. Durante varias semanas, Oscar se dedicó a abogar por que la empresa asegurase que la calidad de los ductos de petróleo fuera la mejor para evitar nuevos derrames y, por tanto, nuevas contaminaciones, enfermedades y conflictos. Creyó que sus pedidos habían sido escuchados.

Aquella noche de abril, el sonido de los tambores y los gritos de guerra proferidos en wampis fueron respondidos con balas. Oscar me abrazó y nos echamos a tierra. Aunque no lo pudiera ver, percibía que el campamento-mundo al que me había entregado estaba tiñéndose de sangre y humo.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntaba Oscar reiteradamente.

En ese momento, me di cuenta de lo tonto que era ese hombre y lo absurdo de su pregunta. Ninguno de los dos era un turista recién llegado para no entender lo que estaba ocurriendo.

Me deshice de su brazo y me levanté.

—Es la muerte, Oscar.

Me miró como a una extraña.

—No puede ser, no puede ser —repetía.

También yo me quedé mirándolo como a un desconocido. Cuando algo en él me recordó un pasado lejano, muy remoto, recién pude hablarle de nuevo.

—Sí, Oscar, es la muerte y tú pudiste haber escapado.

Los tambores dejaron de sonar, pero un altavoz ocupó su lugar.

Procedía de la jefatura del campamento y ordenaba al personal profesional y técnico que nos mantuviésemos en nuestros lugares con las puertas y ventanas cerradas. Hicimos caso, aunque no podíamos cerrar nuestras orejas. Voces heridas en castellano y wampis exhalaban muerte, mucha muerte.

A lo largo del último año, las comunidades nativas habían seguido denunciando nuevos derrames y los trastornos que el agua contaminada estaba causando en su población y en su pesca. Habían advertido que se levantarían. La empresa había vuelto a repartir dinero y aguardiente entre algunos dirigentes, creyendo que la fiesta se volvería a servir en paz.

A la mañana siguiente, los empleados de la petrolera fuimos evacuados en dos helicópteros del Ejército. Mientras nos elevábamos, los campos estériles del campamento se mostraron rasgados por líneas de sangre. Oscar temblaba.

—¿Qué te está ocurriendo? —le pregunté.

Me miró con odio.

Las obras de ampliación del oleoducto se paralizaron durante tres meses. Ni Oscar ni yo volvimos a trabajar en el campamento, aunque seguíamos recibiendo con puntualidad nuestros sueldos. En ese tiempo anunciamos a nuestras familias que ya no habría boda.

En cuanto zanjamos definitivamente nuestros contratos con la petrolera y cobramos las indemnizaciones por los perjuicios ocasionados por el ataque, Oscar se marchó a trabajar a Ecuador. Yo compré el departamento que iba a ser para los dos. Con la experiencia laboral acumulada en los últimos años, me dediqué a hacer lineamientos y evaluaciones de impacto sociocultural para diversos tipos de proyectos públicos y privados en la Amazonía. En tres ocasiones tuve que volver al Bosque Azul.

Muchas noches tuve pesadillas. Acudí a un psicólogo para tratar de conjurar lo que me estaba sucediendo. No le conté todas las causas de mi salida del campamento. Me ayudó mucho. También me presentó a su hermano y, al cabo de un año, me casé con él. Pasaron algunos años antes de que decidiéramos tener un hijo.

Instalada en mi nueva vida, viajaba menos y a veces volvían las pesadillas. El sonido de los tambores. Corría entonces a la cama de mi hijo y me aliviaba verlo dormido. Me agachaba para oír los latidos de su corazón y, de paso, intentaba escuchar los míos. Por él había reducido mis viajes a la selva, pero soñaba con llevarlo allá algún día y enseñarle a nadar en una cocha para hacerlo un verdadero rey del bosque.

Una mañana, mientras lo conducía a su jardín como todos los días, mi celular sonó insistentemente. Aprovechando que el semáforo estaba por ponerse en rojo, contesté. Mi hijo se quedó mirándome con extrañeza. No colgué, aun cuando el semáforo cambió a verde y tuve que pisar el acelerador. Me estaban ofreciendo una consultoría muy jugosa en la selva

norte y debía dar una respuesta a la brevedad posible. Mi hijo seguía mirándome extrañado. Opté por rechazar la propuesta en ese instante.

Al despedirnos en la puerta de su jardín, recién me volvió a dirigir una frase.

—Tus manos están quemadas —señaló—. ¿Qué pasó?

Miré mis manos y no encontré nada fuera de lo normal.

—No, mi amor, están bien —le dije y revoloteé mis dedos ante sus ojos.

Él se echó para atrás.

—Yo las vi negras, como carbón —afirmó y entró corriendo a su jardín.

Volví a examinar mis manos. No noté nada raro, quizás, tan solo, que estaban un poco secas. Me fui caminando hasta una farmacia y compré una crema hidratante. De inmediato esparcí una porción abundante por mis palmas, por su dorso, también entre mis dedos. Luego de entregar un informe en el Centro de Lima, volví a humectar mis manos y me comuniqué con el consultor que me había llamado dos horas antes. Le dije que había cambiado de opinión.

Una semana después estaba volando en una avioneta para evaluar un proyecto en el mismísimo lugar del que alguna vez fui evacuada. No le conté a mi marido que antes de iniciar el trabajo tomaría dos días de vacaciones en el Bosque Azul.

Amanece y el pamuk sigue cantando su melodía de tres gotas. La primera cae como una estrella; la segunda, como un rocío apagado; la última es una lágrima. Me duele la cabeza. Nunca más volveré a zambullirme en un río. Nunca le enseñaré a mi hijo cómo nadar en la selva. Yo no sé. Quizás alguna vez lo supe, hace mucho, pero lo olvidé.

El pamuk sigue cantando. Las gotas de su canto suenan como tambores en un corazón a punto de extinguirse.

Cola de mono

Contó hasta seis, estirando la pausa entre un número y otro. Por tercera vez pulsó el timbre. Tampoco hubo respuesta. Metió las manos en su cartera; por unos segundos se quedó apretando el llavero, una bola de cristal con un espiral en su centro. Insertó la llave en la puerta de la verja y la abrió con facilidad. No tenía puesto el seguro; podría haberla abierto nada más pasando la mano por la reja y tirando del pestillo, pero le daba mayor seguridad entrar con su llave, como si aún viviera en esa casa, como si no la estuviera asaltando. Una a una, fue reconociendo las doce losetas de piedra que separaban la verja de la casa. Con los nudillos tocó la puerta de madera. Uno, dos, tres golpes fuertes. Como era de esperar, nadie le abrió. Iba a usar de nuevo sus llaves, pero su ojo izquierdo se desvió hacia un minúsculo punto rojo. Entre las hojas del geranio que ningún jardinero había podado en varios meses, su mirada fue absorbida por ese punto rojo, denso, casi marrón.

A las siete de la mañana, pocos transeúntes ocupaban la calle. Laura miró a uno y otro lado, ningún vecino tenía puesta la vista en el jardín. Se agachó, con el índice rozó aquel rojo. Estaba seco, no le pareció pintura. Pensó en el perro, tal vez un corte mientras corría excitado hacia la calle o, quizás, en la calle se había enfrentado a mordiscos con otro perro. Recién entonces reparó en que Altair tendría que haber ladrado muchas veces al oír el timbre, y más al sentir sus pasos junto a la puerta. Se iba a levantar para, de una vez, entrar en la casa y enfrentarse con la despedida, con el mismo silencio que parecía habitarla esa mañana, pero algo más fuerte la mantuvo quieta, agachada y la empujó a estirar la mano hasta la tierra. Y la tierra no estaba seca.

Se recordó a sí misma con seis años, después de la lluvia saliendo al patio del colegio, recogiendo tierra de las macetas y metiéndosela a la boca. Otra vez le sobrevino ese impulso, pero al acercar la tierra a sus labios se dio cuenta de que no estaba hecha barro y de que tenía un olor extraño. Quiso vomitar. Estaba extendiendo demasiado el momento de entrar en la casa para retirar su ropa, los adornos que más le gustaban y dos juegos de sábanas. Deshizo el grumo de tierra entre sus dedos. Quedaron teñidos de un leve rojo. Pensó en frutillas, volvió a pensar en el perro. También había sido su perro. Y no ladraba.

Entró en la casa. Al fondo, sobre el sofá de la sala reposaba la chaqueta de lana azul de Martín. Seguía usándola sin pausa, la adoraba. Hacía siete años ella se la había traído como regalo de un viaje a Ecuador, pocas semanas antes de que se marcharan a vivir juntos. Las piernas le

empezaron a flaquear. Respiró hondo. Martín, pronunció su nombre en voz alta, aunque nadie había respondido cuando tocó el timbre ni cuando golpeó la puerta. Martín, volvió a llamarlo en un susurro. Avanzó todos los pasos que faltaban hasta la sala y se sentó en el sillón.

Habían hablado cuatro días antes. Por última vez, él quiso convencerla de que volviera, de que lo intentaran de nuevo. Martín desconocía que ella ya estaba sumergida en una relación con alguien que vivía en otra ciudad, y que estaba evaluando la posibilidad de cambiarse de trabajo y de sede para estar más cerca de aquel hombre. La noche anterior volvieron a hablar. Acordaron que ella iría por sus cosas temprano; después de siete meses de separación, al fin las recogería. Se había marchado prácticamente con lo puesto, apenas llenando con ropa interior y unas pocas chaquetas y vestidos la primera maleta que encontró. Ni siquiera reparó en que esa maleta tenía una rueda estropeada. Mientras salía, chirriaba contra el piso. El perro se había quedado mirándola con la cola entre las piernas. Parecía ser el único que tenía consciencia de que esa salida no tendría retorno. Ni ella misma lo imaginaba, aun cuando deseaba ser lo suficientemente fuerte para no dar marcha atrás. Martín estaba de viaje, como casi siempre. Esa tarde regresaría y hallaría la nota. Y la nota solo hablaba de una separación temporal. En tres días más él volvería a irse de viaje y no tendría tiempo para echarla de menos. Le hubiera gustado llevarse al perro, pero Altair estaba con Martín antes que ella.

Y ahora no estaban ni el perro ni Martín, solo esa chaqueta azul. Al fondo de la cocina le pareció ver una mancha blanca sobre el piso. Tengo que ir al oculista, se dijo. Volvió a pasar la vista por la sala. Podía notar que la empleada de la limpieza seguía yendo tres veces por semana. Si las costumbres no habían cambiado, esa mañana, a las nueve, le tocaría aparecer. No quería encontrarse con ella. Tendría que apurarse, pero no conseguía moverse, la casa entera parecía absorberla. Su mirada volvió a fijarse en la chaqueta de Martín. Reprimió el impulso de tomarla entre sus manos, doblarla, subir con ella hasta la habitación y colgarla del perchero.

No debía demorar más. Martín le había dicho que prefería no estar en la casa cuando recogiera sus cosas. Además, esa misma tarde ella debía tomar un avión que la trasladaría a Lima, donde permanecería una semana junto al hombre que conoció a los tres días de haberse marchado. Habían coincidido en el mismo hotel. Si él no hubiera aparecido, quién sabe, al cabo de pocas semanas ella habría regresado a su vida anterior. Y ahora, en cambio, ese hombre la había terminado de animar a que cambiara de ciudad, de trabajo, y Laura apenas había dudado. Pero no quería herir a Martín. Mantuvo aquella relación en secreto. Y el secreto había levantado la calentura de cada encuentro con su amante. «No soy tu amante, ahora soy tu pareja», le había dicho él la última vez que se vieron. Ella había sonreído, pero hubiera querido tener cerca una maceta de la que pudiera

sacar barro que comer.

Martín le había dicho que se llevara todo lo que quisiera. «Solo será mi ropa y algunos adornos», había asegurado Laura. Fue después de colgar el teléfono que deseó llevarse consigo esas sábanas, esos dos juegos de sábanas. Uno había sido un regalo de su abuela, ella misma las había bordado y se las había entregado en un envoltorio de aluminio con estrellas azules.

—¡Ay! El cielo está al revés en este papel —había advertido, mientras Laura y Martín abrían el paquete.

Una y varias veces, su abuela le había mostrado su desacuerdo con su separación, hasta que pasado un mes se dio por vencida y le ofreció el cuarto de huéspedes de su casa para que se quedara todo el tiempo que quisiera.

Laura se dispuso a buscar las sábanas. Caminó hasta el cuarto de servicio que era usado como depósito de ropa blanca. En el primer cajón de la cómoda encontró el juego bordado a mano. Comenzó a buscar el otro y no aparecía. Repasó de nuevo en cada cajón sin resultado. Una sensación de furia empezó a recorrerla. Dos años atrás ella había comprado ese juego de sábanas granate, la textura y el color le habían encantado, había imaginado su cuerpo junto a Martín entre esas sábanas. No esperó a la noche para cumplir su deseo. Recordó la mano de Martín aferrando la suya sobre el granate, el último sol de la tarde iluminaba la habitación y alcanzaba a tocar el filo de su cama, su espalda agitada sobre el cuerpo de Martín.

No se iba a marchar sin esas sábanas. De nuevo rebuscó entre los cajones, metió las manos hasta el fondo de la canasta de ropa sin planchar. Sintió vértigo al imaginar que estuvieran puestas en su cama matrimonial y que, en los días previos, o acaso la misma noche anterior, él se hubiera acostado con otra mujer en ese granate.

Salió de aquel cuarto dando trancazos. Lo recordaría horas más tarde, días más tarde, cuando hubiera dado lo que fuera porque aquella alucinación fuera cierta en lugar de lo que ocurrió.

Estaba por subir las gradas cuando se dio cuenta de que la mancha blanca que notó en la cocina no era una mancha. Al acercarse, vio el azucarero de cerámica partido en pedazos y el azúcar esparcido sobre el piso, cercado por una hilera de hormigas. Imaginó a Martín golpeando sin querer el azucarero esa mañana mientras tomaba un café, dejándolo todo tal cual se hallaba para no demorar su salida. Pero la cafetera estaba limpia, intacta en su lugar. Y abajo ese cúmulo de hormigas. Habría cien, tal vez fueran doscientas. Le provocaron náuseas, también ganas de tomar una escoba y barrer el suelo, como si aún habitara esa casa.

—¡Martín! —gritó.

No descartó la posibilidad de que estuviera en el segundo piso, callado,

espiando sus sonidos, sus reacciones. Volvió a sentarse en el sillón, observó las piedras de río que adornaban la mesita de la sala. No hubiera sabido cuál elegir, si es que finalmente se decidía a llevarse alguna. La más grande la había recogido de la orilla del río Apurímac, en el último paseo que hicieran juntos a Limatambo, cuando Martín le aseguró que, aunque no pasara mucho tiempo a su lado, no debía dudar de que la amaba. Laura había llevado aquella piedra en su regazo durante las dos horas que les tomó regresar al Cusco. Era negra, asemejaba una masa encefálica. Acarició sus hendiduras mientras ascendían desde los valles cálidos hasta la ciudad. Martín empezó a silbar. Ella se hizo la dormida, deseando ser fuerte para alejarse de su lado, convencida de que ya no deseaba esa relación y de que debía revelarle que cada vez que él volvía de sus viajes le parecía encontrarse ante un extraño, un extraño con el que le costaba compartir su vida, su cama. Ni ella misma se reconocía en ese malestar. Martín había seguido conduciendo a la máxima velocidad permitida en esa carretera de curvas. Debió darse cuenta de que no estaba dormida porque Laura no dejaba de acariciar la piedra, sin embargo, le siguió el juego y en voz baja habló con Altair:

—Está dormida, profundamente dormida, amigo mío.

De repente, Laura recordó algo más cortante que el azucarero roto. Volvió a la cocina. La caja superior del repostero estaba abierta y el filo de los cuchillos brillaba con la luz que se filtraba por la ventana. Miró alrededor. Volvió a llamar a Martín. Corrió escaleras arriba. La puerta de su habitación estaba abierta, también las del clóset, que estaba hecho un caos; la cama estaba desecha, sin sábanas. Bajó de nuevo, entró en el estudio, allí también encontró varias cajas abiertas. Se quedó paralizada. Por detrás de la silla distinguió la cola del perro y supo que no estaba dormido.

—Altair —pronunció. Sin poder dar un paso más, se fue derrumbando en el suelo.

El celular de Martín estaba apagado. En su trabajo nadie sabía dónde podría hallarse. En tres días más tenía programado un nuevo viaje. Su jefe la calmó, le dijo que tal vez se habría dado un descanso.

Martín nunca habría dejado a su perro muerto, abandonado, repetía Laura. La Policía demoró más de una hora en llegar. Sus padres y su hermano abogado llegaron antes. Él le recomendó que no tocara nada y dejase de dar vueltas.

El veterinario certificó que el perro no había sido envenenado, ni presentaba evidencias de algún golpe mortal. Señaló que llevaba, mínimo, diez horas muerto. En efecto, ya estaba tieso cuando lo hallaron.

—¿Cuántos años tenía? —le preguntó a Laura.

—Trece, tal vez catorce —murmuró ella, aferrada a la pata del perro.

En el garaje faltaba el auto.

—Tal vez Martín ha decidido marcharse por un tiempo. Considera que debe estar muy afectado por lo definitivo de vuestra ruptura —le dijo su padre—. Hay que esperar un poco.

Laura se quedó mirando el teléfono fijo, negro, de diseño antiguo que pendía de la pared. Temblaba al pensar que debía llamar al otro lado del mundo, al padre de Martín. ¿Qué podría decirle?

Laura postergó su vuelo una vez, y otra más. La Policía verificó que la sangre absorbida en tierra era humana, también señaló que no era abundante como para suponer, a primera vista, una herida mortal. El banco reportó que, la noche de su desaparición, se había retirado de su cuenta la máxima cantidad permitida desde un cajero automático. Más tarde, desde Paracas llegó la noticia de que su auto había sido hallado en un garaje. Llevaba cinco semanas estacionado sin que el conductor hubiera retornado. Las llantas estaban desinfladas; por lo demás, no había señales de robo ni de violencia. Laura pensó en aquel auto plateado en el que hicieron tantos viajes. Varias veces habían planificado viajar a Paracas, visitar sus islas, tomar una avioneta para sobrevolar las líneas de Nazca. A Martín le inquietaban, en particular, la figura del mono, su cola espiralada. ¿Por dónde habrían empezado a forjar esa figura?, se preguntaba. Una noche lo encontró sentado en el escritorio, rodeado de papeles que le parecieron garabateados. Estaba tratando de replicar en un solo trazo la figura de aquel mono.

Han pasado siete meses. Cada lunes, miércoles y viernes la empleada de limpieza acude a la casa. La chaqueta azul sigue tendida sobre el sofá. Una vez por mes, Laura la lava y la coloca de nuevo en su lugar. Cuando ella vuelve del trabajo, deja sus abrigos en el mismo sitio, a veces los dobla, otras veces sencillamente los arroja.

Mar de Alú

Has caminado días enteros para llegar a esta playa. En efecto, no tomaste un autobús ni le pediste a nadie que te trajera en carro. Deseabas recorrer a pie los caminos que treinta años atrás te dieron la vida. El mar luce calmo al amanecer A lo lejos distingues dos delfines saltando con las olas; a tu izquierda, una choza derruida. Este es el lugar, no cabe duda. Te quitas la mochila, la dejas caer. Cómo pudiste cargar todo ese peso durante tantos días… Ha caído sobre la arena como un difunto de piedra. El alivio en tu espalda solo dura unos segundos; un escalofrío recorre ahora tu columna. Una ola ha estallado cerca y su espuma corre hacia ti. No te mueves; tampoco el agua llega a mojarte los pies.

A lo largo del camino te has encontrado con gente que preguntó por tu nombre; no has sabido qué responder y nunca has dado una misma respuesta. También te han preguntado qué playa buscabas y cuál es el motivo de tu viaje. Te has mostrado como un hombre huraño. «¿Por qué no ha venido en carro?», te preguntaron dos viejos pescadores anoche. No les has dicho la verdad.

De pie en la orilla, aguardas a que alguna ola te toque. No ocurre. El sol empieza a levantarse, tú comienzas a sudar. Observas tus zapatos; lucen tan gastados... Te sientas sobre la arena y te los quitas. Alú. La pareja de pescadores que anoche te acogió en su casa te ha asegurado que este es el lugar. Por la madrugada, te señalaron el desvencijado cartel de madera donde ya no queda rastro del nombre de esta playa abandonada. Ellos también te contaron la historia de la mujer que vivió en la única cabaña que aún subsiste cerca del mar. Es una historia que se ha convertido en un mito. Tú también la conoces. Y sabes que no es un mito.

Los delfines vuelven a saltar por encima del mar. Sí, esta es la playa donde naciste. Nadie te ha reconocido. Ni siquiera esos pescadores. Mientras te servía una cerveza, el pescador te ha contado aquella historia como quien está acostumbrado a sorprender a los turistas con cuentos extraordinarios de tiempos remotos. No te ha contado que él fue protagonista de esa historia. Su mujer tampoco te ha reconocido, aunque a ratos desviara la atención de la red que estaba remendando para mirarte con curiosidad.

—El niño tenía ojos plomos como este mar —señaló de repente, tratando de auscultar tu rostro bajo la luz de una vela.

Tú dirigiste la vista a tus zapatos.

—Qué extraño color —musitaste.

A lo largo de tu vida, la gente se ha inquietado por el color de tus ojos.

Esta mañana te pusiste las gafas de sol en cuanto te levantaste. Y así, con las gafas puestas, te despediste de esos dos. A estas horas, quién sabe si a la distancia intentan reconocer tu silueta desde su cabaña, ella; desde su bote, él.

—Eran tiempos de guerra en la sierra —te contó el pescador—. Esa mujer llegó cargando solamente un costal de yute y se dedicó a vender las mazorcas de maíz que guardaba.

—Era jovencita, de piel más tostada que la nuestra. No hablaba bien nuestra lengua —apuntó la pescadora—. Decía que de chiquita había vivido dos años aquí con su madrina, hasta que su mamá se la llevó de vuelta a su pueblo.

Los dos viejos siguieron hablando. Tú contemplabas el mar, su oleaje. Ya estabas allí de nuevo. Al igual que aquella mujer, habías caminado cien kilómetros desde la sierra y no había marcha atrás.

—Vino buscando ayuda de su madrina. Pero doña Catalina ya no vivía más —recordó la pescadora—. Solo quedaba su cabaña derruida, vacía. Nadie le impidió el paso. Algunas mujeres creyeron reconocerla; pero nadie sabía si sería verdad o mentira que era la chiquita que había vivido con
la doña muchos años atrás. Allí se instaló. Cuando las mazorcas de maíz se le acabaron, de su bolso extrajo un ovillo colorado con el que empezó a tejer trencitas a las turistas que venían de la ciudad.

—Con eso nomás vivía —apuntó el viejo con pesar—. A veces los pescadores le dábamos comida… Por agradecimiento sacó un hilo de oro de su bolsa y empezó a remendar las redes de pesca. Casi no hablaba; pero con escasas palabras a las mujeres les enseñó a sembrar esos hilos bajo la arena y a cosecharlos tres meses después. También les enseñó a remendar las redes…

Hasta que llegó el día.

O la noche.

—Dicen que dio a luz solita, sin gritar, en la orilla, cerca de su chocita —señaló la vieja.

Las olas siguen sin tocar tus pies. Y eso que has estirado las piernas frente a ese océano que no es pacífico en ninguna época del año. Como tú, aquella noche esa mujer estaría mirando el mar, queriendo avanzar algunos pasos más, intentando agacharse para que sus aguas facilitaran el parto.

—En el agua dio a luz —murmuró la pescadora, la remendadora de redes.

—Quién sabe si ya habría amanecido cuando nació la criaturita —intervino el viejo—. Quién sabe cuántas horas estuvo respirando al lado de su madre —musitó.

Al atardecer, cuando todos los pescadores habían regresado de sus

faenas, cuando los últimos acudían a sus casas para descansar, alguien dio aviso del fuego que, a lo lejos, estaba consumiendo la cabaña única de Alú. Todos, grandes y niños corrieron portando baldes y vasijas de agua. Temían encontrar a la mujer embarazada muerta. En cuanto apagaron el fuego, escucharon el llanto. A varios metros del incendio, resguardado en una red remendada, estaba el recién nacido, envuelto en una manta.

Nadie supo nunca qué fue de aquella mujer. La cabaña estaba vacía; si se hubiera entregado a las olas, quizás estas habrían devuelto su cuerpo. Nadie la vio alejarse por la carretera. Lo único seguro era que ella había provocado ese fuego. Acaso para quemar el pasado. O tal vez para avisar del niño que dejaba.

—Una pareja de pescadores con cinco hijos, como nosotros, lo cuidó durante un tiempo —susurró el viejo, mirando a su esposa.

—Pero no tenían plata; no sabían dónde conseguir leche… —agregó ella—. Una mañana mostraron el niño a unas turistas de la ciudad y les contaron su historia. Una de ellas todavía tenía en la cabeza la trencita que algunos meses antes le había tejido aquella mujer.

—Solo dijeron «¡qué pena!» y esa tarde se marcharon de vuelta a la ciudad —recordó el viejo.

—Aquel niño pudo haber sido pescador como nosotros —señaló su esposa.

No fue así. Con la trencita de hilos rojos todavía atada a sus cabellos, aquella turista volvió una semana después para llevarse al niño. Aseguró a los pescadores que lo convertiría en su hijo.

—Dicen que ahora ese niño es cantante de tangos —contó la anciana.

—También dicen que es ministro de guerra —informó su marido.

—Yo creo más bien que es andariego, como su madre —apuntó al final la pescadora, fijando la mirada en ti.

Fue entonces cuando bajaste la vista al suelo, a tus zapatos gastados.

Por fin las olas han tocado tus pies. Has caminado tanto en los últimos treinta años. Y has cargado tanto peso contigo.

Abres la mochila y vas sacando, una a una, las piedras de otra casa derruida; de una casa de la sierra, de una casa de la guerra, de la casa donde un desconocido engendró un hijo con tu madre. De esas ruinas huyó ella. En su costal llevaba mazorcas de maíz, también penas. En su camino a la costa, cuando se creyó perdida, una noche halló un hilo rojo y lo fue siguiendo, dándole una y mil vueltas alrededor de una ramita de retama. Cuando el océano empezó a aparecer ante sus ojos, desenredó de sus cabellos el hilo de oro que alguna vez, muchos años atrás, su madrina le trenzara como promesa. Ya estaba de vuelta en Alú, sin tener certeza de que sus aguas estuvieran libres de guerra.

Has andado los mismos cien kilómetros que ella recorrió. No has necesitado de un ovillo rojo, ni del hilo de oro; solamente de tus ojos. Una

a una, vas limpiando esas piedras en el mar que te vio nacer.

Ventanas rotas

Inventé una excusa para salir del trabajo antes del mediodía. Fue una excusa pésima, pero funcionó. Al llegar a casa, quedé entrampada con el televisor: mis hijos lo habían dejado configurado en sus videojuegos y me costaba ubicar los canales nacionales. Autos de colores estrellándose en una carrera escabrosa no dejaban de ocupar la pantalla, aunque yo apagara y encendiera el aparato una y otra vez.

Ya he dado con el canal que me volverá a poner frente al Gato. Aunque él no lo sepa, aunque mi presencia a este lado de la pantalla sea lo último que le importe. Algo me aflige, como una daga helada; y, sin embargo, debería echarme a reír. ¿Cómo hemos llegado a este final?

El país está en crisis, el Gobierno pretende mostrar que la ley es igual para todos y la televisión estatal cubrirá un juicio estelar. La cámara apunta al rostro del juez, de costado aparecen los acusados: cuatro grandes empresarios y el abogado que mediante malabares legales les ha permitido robar millonadas al Estado durante más de una década. Nadie hubiera imaginado que esos cinco llegarían a pasar por una sala penal. Durante años he visto al Gato de lejos, dando saltos siempre hacia arriba, usando las leyes como una jabalina; cada vez mejor colocado, como si siempre hubiera pertenecido a esa torre de marfil. Tal vez esta solo sea una caída breve, y pronto dará un nuevo salto.

Ahora la cámara enfoca su rostro. Él la enfrenta. Van a tomarle la declaración. El juez anuncia su nombre, pregunta por el inicio de la trama. Busca determinar una fecha, las circunstancias que originaron su implicación en esa red delictiva; como si fuera posible identificar el momento en que alguien comienza a corromperse. El brillante abogado, hoy citado como acusado, ha empezado a hablar. Aumento el volumen. El tono de su voz es firme, como hace veintisiete años. Me aferro al control remoto de botoncillos rojos, blancos y verdes. Su reverso es liso.

El 22 de julio de 1991, al mediodía, tenía una piedra en mis manos. Era rugosa, desprendía tierra. Adrián me la había dado. Antes había puesto otra en las manos de Lilian, su novia. El sol pegaba de lleno en nuestras cabezas. Sobre el sendero abierto en el pasto seco, retomamos la marcha siguiendo sus pasos. Las mejillas me ardían. Recordé la voz insistente de mamá hablando de la creciente amenaza del cáncer a la piel. Le preocupaba que en tantas caminatas a las montañas no me protegiera con un gorro. No era aquel un paseo cualquiera. Las costuras de mi bluyín me

agobiaban; hubiera querido quitármelo y hubiera querido seguir pensando en el gorro que me hacía falta, o en la misma incomodidad de las ropas que llevaba al avanzar por ese camino agreste, tan próximo a la ciudad y solo transitado por ovejas custodiadas por perros. Pero tenía esa piedra en las manos.

Tres horas antes, Lilian y yo habíamos estado tranquilas, sentadas en nuestra clase de Sociedad Nacional II. Quizás ella no lo estuviera tanto, quizás ella estaba advertida de lo que se podía venir. Hacía varios meses que salía con Adrián. Yo los había presentado. Ambas estudiábamos Economía; aunque era dos años menor que yo, habíamos congeniado desde el primer curso que compartimos. Aquel mediodía ella también caminaba incómoda con su piedra, pasándola de una mano a otra, no sé si molesta porque en su lugar le hubiera gustado tener a Adrián de la mano, o acaso porque ya se estaba cansando de él y de sus arrebatos.

Al salir de la clase, lo encontramos de pie frente a la puerta. Lilian se echó a sus brazos para desearle un feliz cumpleaños. También yo me acerqué para felicitarlo. Le pregunté si tenía algún plan de celebración por la noche. Dijo que no. Aquello no me resultó extraño; en los últimos tiempos, nuestro modo de vida le parecía una frivolidad y estaba cada vez más huraño. Quise dejarlos; tenía que apresurarme para llegar a mi siguiente clase. Lilian también tenía otra, pero él nos convenció de que lo acompañáramos el resto de la mañana.

—Son veintiún años los que cumplo hoy. Espero que no me dejen solo —señaló.

No podía imaginar el doble sentido de sus palabras y me dejé convencer. Lilian, que hasta hacía pocas semanas se derretía por él y lo escuchaba encandilada, dio un paso hacia atrás y se rascó la cabeza. Dijo que le preocupaba perder su clase. Argumentó, si mal no recuerdo, que al día siguiente tenía un examen de ese curso. Adrián se quedó mirándola con los brazos cruzados.

—¿No vas a venir? —la interpeló.

Ella se quedó mirándolo unos segundos. Finalmente accedió. Tomamos el autobús que más cerca nos dejaba de Qenqo, pero no nos quedamos en el sitio arqueológico. Desde el pie de carretera comenzamos a caminar detrás de Adrián, siguiendo un sendero apenas distinguible entre la hierba, con nuestras mochilas cargadas de cuadernos, sin nada de agua. Él silbaba. Reconocí la canción y la empecé a tararear: *We're playing those mind games together, pushing the barriers, planting the seeds…* Adrián cortó en seco. Tomó una rama del suelo, y dando fuertes golpes a un lado y a otro, empezó a abrir paso entre las matas del camino.

—¿Qué? ¿Ya no te gusta John Lennon? —pregunté.

Sin detenerse, volteó por un instante y me miró como si fuera un niño

al que se ha sorprendido en una falta.

—Ahora escucho otra música —dijo—. Pero la cabeza siempre se aferra a lo ya conocido.

No dejó de avanzar, golpeando las matas. Lilian me miró con pesar. Seguimos andando. Cuando ellos comenzaron a salir, me había sentido apenada por que Adrián se hubiera enganchado tan rápidamente de una chica que recién conocía, y a mí no hubiera hecho caso, por más atención que le hubiera puesto desde que lo conocí, cuando mi hermano y él se hicieron íntimos al ingresar a la carrera de Derecho. Siempre me había atraído su carácter y lo mucho que sabía de todo. Ahora lo veía furioso; aun así, no dejaba de cautivarme. Golpeaba con tal fuerza los hierbajos, que terminó dándose en la otra mano y esa mano sangró. Me apresuré a pasarle un pañuelo. Se cubrió la herida y dijo que no era nada, pese a que rápidamente la blancura del pañue-
lo se tiñó de rojo. Recogió la rama quebrada que había estado usando, y aunque ya no le sirviera mucho, retomó
la marcha, despejando muy poco camino con ella.

Luego de más de una hora, al fin descendimos a un descampado que se extendía hacia un arroyo. Adrián se acomodó en el suelo y abrió su mochila. De allí sacó tres manzanas. Tomó una y la mordisqueó. Yo estaba muerta de calor. Me acerqué al arroyo para mojarme la cabeza y sorber agua.

—¿Será limpia? —preguntó Lilian.

—No lo sé, pero no sabe mal.

Ella se aproximó, también bebió. Cuando volvimos junto a Adrián, descubrimos que además de fruta, en su mochila había llevado decenas de folletos y volantes que dispuso sobre la hierba.

Mordí mi manzana. Adrián dijo que era hora de abandonar las medias tintas.

Nadie le respondió. Lilian, que hasta entonces estaba sentada a su lado, echó el cuerpo para atrás. Los dos se miraron fijamente.

Desperdigados sobre el pasto, en aquellos folletos impresos en papel rústico se distinguía bien el símbolo que los encabezaba. Aun así, no quería entender por qué Adrián los había puesto allí, el día de su cumpleaños.

—Quiero unirme al MRTA —señaló.

Me costó pasar el bolo de manzana que había estado masticando.

—El país se está yendo a la mierda —continuó—. Sería cobarde quedarnos de testigos mudos.

—No fastidies. ¿Tú crees que vas a resolver algo metiéndote allí? —le cuestionó Lilian y se apartó más de su lado.

Él irguió la espalda.

—No quiero quedarme de brazos cruzados —contestó—. La democracia no está arreglando nada. Si no nos movemos, vamos a terminar

acorralados o peor, todavía, terminaremos corrompidos por el sistema.

Las manzanas no estaban maduras, pero igual di otro mordisco a la mía, mirando de reojo los folletos y la manzana que Lilian había dejado intacta sobre el pasto seco. Eran de esas grandes y verdes, de las que por fuera resulta difícil saber cuándo están listas para comer.

—Necesito saber si apoyan mi decisión, o si al menos podré contar con ustedes —señaló Adrián.

Aquellos folletos y volantes los había visto en la universidad. Pocos días atrás, alguien se había ocupado en dejar algunos o muchos en cada aula de nuestra facultad y en otros puntos públicos de la universidad.

—¿Por qué nos pides eso? Ya sabes lo que pienso. ¿Crees que porque hoy es tu cumpleaños estamos obligadas a decirte que sí? —volvió a cuestionarlo Lilian y se levantó.

—¿Entonces no quieres apoyarme? —replicó él y soltó su manzana. En su voz había pena.

Recordé la furia con la que un mes atrás marchaba en una protesta contra el alza de las tarifas universitarias, con voz vibrante hablando a través del megáfono, con sus ojos felinos desafiando la línea policial que se alistaba para cargar contra los manifestantes.

—¿A dónde quieres llegar, Gato? ¿Quieres que te maten? —hablé.

—Vivimos dejando que las cosas más importantes nos pasen por encima, sin decidir nosotros nada —repuso, apoyando los puños sobre sus rodillas—. ¿Vale la pena vivir así?

Por unos segundos recordé el día que, sin encontrar a mi hermano en casa, se quedó conversando conmigo. Era solo un año mayor que yo, pero irradiaba seguridad. Se creía capaz de transformar el mundo. Aquella tarde cambió el foco de nuestra sala. Hacía mucho tiempo que parpadeaba tras la lámpara y nadie se había dado la molestia de ajustarlo. Él se encaramó sobre una silla y dijo «ya no sirve». Me miró a los ojos y yo busqué de inmediato un repuesto en el depósito.

—¿Vale la pena vivir así? —insistió.

Arrastré mi mano hasta uno de los volantes y lo traje hacia mí. Aunque nadie más hubiera alrededor, miré a los costados. Temía que algún campesino de la zona o cualquier paseante de la ciudad apareciera justo en ese momento y nos descubriera con ese material.

Diez días antes, Sendero Luminoso había asesinado a un profesor de Economía que era regidor de Izquierda Unida en la municipalidad. A nosotros nos había enseñado Economía Social en el aula donde lo mataron a tiros. En 1989, el viento se colaba en esa aula a través de una ventana rajada de arriba abajo; no había presupuesto para reparar esa ni muchas otras ventanas a lo largo y ancho de nuestra tricentenaria universidad; quizás siguió rajada dos años después y quizás el día en que asesinaron a Iván Pérez Ruibal estalló en pedazos. Ya Sendero había matado antes a dos

estudiantes de izquierda que eran nuestros amigos. Aquel folleto afirmaba que la democracia que teníamos solo era un instrumento para someter al pueblo, también decía que Sendero no haría ninguna revolución porque estaba matando a los hijos del pueblo y, al final, convocaba a los jóvenes de izquierda al Movimiento Revolucionario Túpac Amaru para luchar hasta la victoria por el pueblo. Todo era pueblo y yo no sabía si el Gato era parte de ese pueblo, ni menos sabía si yo tendría posibilidad de serlo. Me temblaban las manos. Y, a pesar de todo, sentía que al menos aquel día no podía dejarlo solo.

—¿Qué quieres que hagamos? —pronuncié.

Lilian me miró con sorpresa.

—¿Tú querrás preguntarme lo mismo, Lili? —la desafió él.

Ella nos dio la espalda. Tal vez contemplaba el agua que fluía pausada, reflejando las pocas nubes de esa mañana.

—¿De qué manera quieres que te apoyemos? —repuso.

—Hay muchas formas, tú lo sabes —señaló él.

—¿Yo qué sé, ah? —replicó ella y volteó por unos segundos.

—Te he estado hablando de esto hace tiempo. Tú me has escuchado.

Me di cuenta de que yo ya no interesaba. Allí el juego era entre esos dos. Lilian se quedó callada un rato, después giró y habló con resolución:

—Te he escuchado, pero no quiero creer que desees me-

terle violencia a donde ya hay harta violencia. No quiero.

Adrián se puso nervioso, comenzó a mirar a un lado y a otro. También lo vi arrojar su manzana al arroyo.

—Habla, Gato —prosiguió Lilian—. Pon en claro de qué manera pretendes que te pueda… —me miró y se corrigió—, que te podamos ayudar.

Él se puso en pie. Dijo que, por ejemplo, podíamos empezar repartiendo esos folletos y volantes en nuestra facultad.

—En Economía tenemos algunos simpatizantes —añadió.

—¿Tenemos? —pregunté—. O sea, ¿ya estás dentro?

—Casi.

—¿No te importa ponernos en riesgo? —lo cuestionó Lilian.

Él se acercó a su lado, la abrazó.

—De ustedes nadie sospecharía —aseguró.

Lilian sacudió los hombros, como deseando apartarlo, pero no movió su cuerpo y él la apretó más.

—Para mí es importante saber que tengo su apoyo. Solo será esparcir estos folletos. Si lo hacen bien, no hay por qué preocuparse.

Nada salía de mi garganta, como si necesitara que Lilian tomara la decisión y dijera que no. Ahí se acabaría todo, la relación de ellos dos, también mi dependencia del Gato.

Lilian dudó. Me miró a los ojos unos segundos, y creo que yo la miré

impávida, sin pedir socorro. Él señaló que con ese gesto estaríamos asumiendo la rienda de nuestras vidas, demostraríamos que no éramos «camarones dormidos» que se dejan llevar por la corriente, eso dijo.

—¡Yo no soy ningún camarón dormido! —repliqué.

—¿No? —repuso él con ironía.

—Pues no.

—¿Estás segura? —insistió—. Hasta ahora todos nosotros no hacemos sino bailar al ritmo de la música que otros nos ponen, y todos estamos actuando según los mandatos de esta sociedad hipócrita. Miren a Josué Gotardo, el gran profesor de Materialismo Histórico: puro discurso, nada de practicar revoluciones. ¿Creen que hablar y hablar desde un pupitre es hacer algo revolucionario, realmente valiente?

—Estás hablando de Gotardo como si fuera un baboso —le dije.

—No solo se trata de él —repuso—. Hasta ahora, todos estamos actuando así. Sendero nos está matando, viene la Policía y también nos aplasta, y acá todos seguimos sin hacer nada. ¡Ay, qué legales y pacíficos somos!

El sol seguía pegando fuerte en mi cabeza. No supe qué replicar. Di un mordisco pequeño a mi manzana, el disgusto en la boca aumentó. Seguí masticando.

—Por una sola vez, atrévanse a probar lo que es poner-

se realmente en riesgo, atrévanse a hacer algo que está prohibido… Algo importante.

Otra vez su voz sonaba como una flauta mágica de la que salen notas que una no entiende y ni siquiera sabe si le gustan o le lastiman; una música que conduce a los niños a una caverna donde nadie sabe si hallarán un tesoro, un oráculo o la pura oscuridad.

Arrojé los restos de mi manzana al arroyo, sin mucha fuerza. Quedó varada en la orilla.

—Las cosas se hacen bien o no se hacen —proclamó Adrián, apoyando las manos en sus caderas y mirándome a los ojos.

—¿O sea? —repliqué.

—O sea que si vas a desprenderte de algo, tienes que hacerlo con determinación. Si quieres arrojar tu manzana amarga al río, pues tienes que hacerlo como si en verdad te hubiera disgustado. Como si la odiaras.

—¿Como si odiara una manzana? ¡No te pases, oye!

Hizo como si no me hubiera escuchado y prosiguió:

—Y cuando quieras romper una ventana, tienes que arrojar la piedra con todas las ganas. Con furia.

Lilian dio un paso hacia atrás. Él la volvió a abrazar.

—Y cuando amas a alguien, lo amas con todo —agregó.

Lilian agachó la cabeza. Adrián le dio un beso largo en la oreja y se fue a la orilla. Allí terminó de arrojar mi manzana al arroyo, se mojó la

cabeza, bebió agua.

—Entonces, ¿me van a apoyar con esto? —preguntó de repente.

No le contesté; seguí esperando que Lilian tomara una decisión. Su respuesta no me liberó:

—Solo esta vez.

Adrián sonrió, tomó otro sorbo del arroyo; volvió a mirarnos, satisfecho, y tomó más agua. Lilian se dejó caer en el suelo.

—Pero antes de pedirles lo de los volantes —nos dijo—, antes quisiera probar que se atreverán a hacerlo.

Nos contó que, a lo largo del último mes, había estado vigilando a dos de los policías que lo habían detenido junto con otros estudiantes en medio de aquella protesta contra el alza de las tarifas universitarias. Lilian se frotó las manos en el pantalón y lo miró con tristeza. Él irguió la cabeza, sus ojos brillaban, siguió hablando. Durante el día que los encerraron en un calabozo los mantuvieron incomunicados. Mientras tanto, les pasaron electricidad en los testículos y les habían sumergido la cabeza en un wáter repetidas veces, hasta que, para facilitar su salida, esos dos policías les habían pedido plata.

—A uno de ellos lo tengo fichado —señaló.

Dijo que ya sabía dónde quedaba su casa, y que era una casa vulnerable.

—¿No estarás pensando en atacarlo? —cuestionó Lilian.

—Sí, quiero hacerle daño.

—¿Qué quieres hacer, Gato? —lo interpeló ella—. ¿No pretenderás matarlo?

—¿Tu quisieras que lo mate?

Lilian se echó para atrás. Solo después de unos segundos habló:

—No, claro que no.

—Matarlo no entra en mis planes —afirmó él—. Tengo mejores ideas.

Calló y comenzó a pasear la mirada por el arroyo. Cuando se levantó, con el rostro aún mojado, nos dijo cómo quería ponernos a prueba. Yo seguía sentada sobre la hierba seca, sintiendo que las costuras de mi bluyín me estaban matando, y aun así deseaba quedarme el resto del día en ese lugar, sin tener que seguirlo.

Él se levantó y se puso a husmear por el descampado. De un lindero abandonado tomó una piedra; dio algunos pasos más, se reclinó y, entre unas matas, encontró otra recubierta de tierra. En las manos de su novia puso una; en la mía colocó la que había recogido del suelo. Era puntiaguda, rugosa.

Proseguimos la marcha. La manzana de Lilian quedó abandonada, brillando sobre el pasto amarillado y seco.

La casa estaba en las alturas de San Jerónimo. Allí llegamos una hora después. Construida en adobe y pintada de blanco, se mantenía aislada; era

difícil distinguir si todavía pertenecía al pueblo, o si su terreno formaba parte de una chacra del sector rural. Al igual que otras viviendas esparcidas por el camino de tierra, era pequeña, de una sola planta, su techo estaba coronado por una cruz y dos toritos de Pukara.

—¿Estás seguro de que ni sus hijos ni su esposa están allí? —le habíamos preguntado varias veces a Adrián.

Aseguró que a esas horas no habría nadie en esa casa; reiteró que la tenía bajo control.

La parte trasera solo estaba resguardada por un cerco de piedra de tan poca altura que, sin tener que elevar los pies, podríamos lograr el objetivo. Dos ventanas teníamos enfrente; de sus marcos de madera desgastada, solo quedaban rastros de la pintura celeste con la que alguna vez debieron estar pintadas. Una estaba rajada en tres y había sido reforzada con cinta aislante negra, de tal manera que formaba algo semejante a una Y griega. La otra estaba intacta. Nada se podía ver del interior de la casa; por detrás de los cristales solo aparecían unas cortinas floreadas.

—¿Estás seguro de que allí dentro no están su esposa ni sus hijos? —volvimos a preguntarle.

—Sí —afirmó y, sin más demora, de su mochila extrajo una piedra grande que había cargado toda la mañana, como uno de esos fardos que los peregrinos llevan como penitencia a las montañas. Sacó también un papel y se ocupó en envolver su piedra con él. Había algo escrito con plumón negro.

—¿Qué dice? —le pregunté.

Me miró, luego miró a Lilian con cierto resquemor.

—Es un recordatorio —apuntó, sonriendo otra vez.

El pasto seco que pisábamos lanzaba quejidos y el sol seguía pegándonos en la cara, en la cabeza.

—Tenemos que hacerlo al mismo tiempo —señaló.

Alistamos los brazos. Él nos miró fijamente. Después devolvió la atención a la casa y contó:

—Uno, dos, ¡tres!

La ventana parchada estalló por uno de sus costados; el lado derecho de su Y griega resistió. Adrián se mostró confundido. Yo pude ver mi piedra al otro lado del cerco; con las justas había golpeado la parte baja de la pared de la casa.

—¡Malditos! —clamó una voz de mujer.

Por un instante que pareció interminable, sentí que mis piernas pesaban y empezaban a hundirse en la tierra. Por un instante, porque al siguiente me encontraba corriendo junto a mis amigos. Lilian aún llevaba su piedra en las manos.

Seguíamos corriendo. Los perros de las chacras nos ladraban; con un pastor nos cruzamos y su cara parecía albergar una jauría de voces que nos

perseguía y juzgaba. Tropecé con mis pasadores y caí de bruces; Lilian me tiró de una mano y seguimos corriendo. Estábamos llegando de nuevo al arroyo. Ya nadie parecía pisarnos los pasos. Lilian soltó su piedra, ni se esforzó siquiera por arrojarla lejos.

—No me vuelvas a buscar nunca más —le advirtió a Adrián. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Él se dejó caer en el suelo, se quedó mirando el arroyo. El sol seguía cayendo imponente sobre nuestras cabezas, solo un aire ligero agitaba las matas más altas. Lilian comenzó a subir la colina que nos llevaría de regreso a la ciudad.

—Chau, Gato —musité.

No me contestó, se mantuvo de espaldas. Chau, Gato; aquel adiós pesaba en mi cabeza mientras me alejaba. Chau, Gato; me dolía el pecho. Chau, Gato; y volvía el eco de la piedra que reventó una ventana rajada. Chau, Gato; y me sudaban las manos, como si todavía sostuviera la piedra que lancé y sin romper nada, sí golpeó la parte baja del muro de una casa que ni era rural ni era urbana. Chau, Gato. No quería mirar atrás, pero cuando estaba a punto de perder de vista el sendero que nunca más habría de pisar, giré la cabeza. Adrián había tomado la manzana abandonada. Sentado sobre la hierba, se la estaba comiendo.

Juego de manos

Con el sol a las espaldas, habían pedaleado durante casi dos horas hasta llegar al desvío por el que se alejaron de la carretera asfaltada y de las bocinas de los coches que salían hacia el campo aquel domingo de marzo. Al avanzar por el sendero de tierra, el mediodía se filtraba a través de los árboles, hiriendo las pupilas de los dos ciclistas, haciendo que el camino emergiera como una serpiente tatuada de cuerdas claras y sombrías. A ratos, Elsa y Jano se tomaban de la mano; en los baches se soltaban y sus ojos volvían a fijarse en el claroscuro del camino. Estaban cerca del lugar que buscaban, cuando en la cabeza de Elsa aterrizó la cagarruta de un tordo. Aunque en su casco recayó la mayor parte, algunas gotas verdosas resbalaron por su frente. Frenó en seco y a punto estuvo de derrapar contra un pino, pero una vez controlados los manubrios, sobrevino la risa y el buscar un pañuelo.

—¡Qué asco! ¡Huele fatal! —clamó, y echó agua de su botella sobre el pañuelo de papel para limpiarse la frente.

—Tómalo como un presagio de suerte —le dijo Jano riendo.

—Sí, suerte, claro —repuso, y mientras sacaba otro pañuelo para limpiar su casco, recordó el viaje que la aguardaba en los días siguientes.

Jano le propuso descansar un rato bajo el árbol donde estaba apoyando su bicicleta. Elsa dudó unos segundos; lue-

go apuntó que ya no faltaba mucho para llegar al remanso. Ella no se había bajado de su bicicleta; sosteniéndola entre las piernas, abrió y cerró las manos varias veces, ventilándolas también. Por la tensión puesta en los manubrios, el sudor había empapado la malla de sus mitones.

—¿Seguro que no quieres parar acá un rato? —insistió Jano.

—No, no. Mejor completemos el camino de un tirón.

—OK.

Jano volvió a montar su bicicleta y pedaleó con energía. Elsa se quedó atrás, observando la flexibilidad de sus piernas, la fortaleza de sus nalgas. Tardó antes de montar la suya.

Cuando creyó haber llegado a la altura del remanso, distinguió la huella que la bicicleta de Jano había dejado sobre la hierba y la siguió, abriéndose paso entre las copas caídas de los sauces. En las orillas, él ya se estaba desvistiendo. Elsa bajó de su bicicleta, la recostó en la hierba y dejó caer su mochila.

—¡Tardona! —gritó Jano y se metió en el agua.

Ella se apresuró en quitarse la ropa. Ya estaban los dos na-

dando, pero no se atrevían a bucear. El origen de esas aguas era un

glaciar y, a pesar del sol y el calor de esas horas, estaban frías, casi heladas. Tratando de mantener la cabeza a flote, se abrazaron, sintiendo en las piernas el discurrir de una corriente que acarreaba peces diminutos que les rozaban y mordían. Elsa se estremeció, sin saber si era por el frío o por el roce de esos seres extraños.

—Son demasiado pequeños como para asustarse —la alivió Jano, sosteniéndola por los codos.

—Me incomodan.

—No vamos a dejar que nos incomoden, ¿verdad?

En sus ojos Elsa distinguió olas. Se abrazó a su cuello y lo besó, pataleando al mismo tiempo contra los pececillos que no dejaban de perturbarla.

—Creo que voy a estallar —dijo al desprenderse de la boca de Jano.

—Estalla —repuso él y empezó a besar sus senos.

—¿Vamos a la orilla? —susurró.

—No sin antes sumergirnos —la desafió él.

Elsa no quiso quedarse atrás. Nunca quería quedarse atrás. Le gustaba que Jano la viera siempre lista para sobrepasar sus retos; gozaba llevando al límite las posibilidades de su cuerpo.

—Uno, dos, ¡tres! —contó Jano.

Tomaron aire y se lanzaron a bucear. En las aguas más profundas pudieron distinguir los pececillos casi transparentes que los habían estado acechando. Parecían ciegos, en su cuerpo solo resaltaba una espina dorsal nívea que cimbreaba volátil cada vez que Jano o Elsa intentaban atraparlos. El aire se agotaba. Ella no pudo más, la cabeza le retumbaba. Salió a flote y braceó de regreso a la orilla. Estaba por tocar la tierra parduzca cuando sintió que Jano la montaba por la espalda.

—Vamos a hacerlo como tortugas —propuso, y sin soltarla la empujó hacia adelante, hasta que su quijada quedó apoyada en la orilla seca.

Elsa se acomodó para recibirlo. Él apretó sus senos como si con las manos quisiera morderlos. Ella se quejó. Jano le tapó la boca y empezó a penetrarla. En tres días debía abordar un avión que durante seis meses la alejaría de su lado. Elsa quiso llorar. No supo si se debía a la distancia por venir o al dolor que estaba sintiendo. Como si pudiera traducir sus sensaciones, Jano farfulló:

—El placer te tiene que doler, amor.

A Elsa le pareció ver que los arbustos del bosque se agitaban, también creyó escuchar pasos que se alejaban. Conejos de orejas largas pasaron por su mente; imaginó que los conejos los habrían estado espiando y ahora corrían buscando alguna gruta para copular. Jano le quitó la mano de la boca.

—Ahora quiero que chilles como una cerda —le dijo.

Elsa dejó de pensar en los conejos, se perdió en el bramido que se batía

sobre su espalda; le parecía tener encima a un desconocido, y aunque le estaba haciendo daño no se quejó más, solo deseaba complacerlo, dejar que ese hombre tortuga rompiera sus resistencias. Chilló.

—Más —pidió él.

—Yo ya no tengo caparazón.

—No hables —dijo Jano y la tiró hacia atrás por los cabellos

Elsa trataba de moverse a su ritmo, pero le costaba. Sus pies estaban helados, seguían sumergidos bajo el agua. Fijó la mirada en los arbustos, se agitaban levemente aunque no corría ninguna brisa. Se le saltaron lágrimas.

Como si pudiera verle la cara, Jano le ordenó que cerrase los ojos. Ella no entendía cómo podía conocerla tanto. Pero aunque le hubiera obedecido, no conseguía dejar de pensar en esos arbustos marchitos que se movían como si estuvieran frescos, avergonzada porque algún extraño la pudiera estar viendo. Jano soltó sus cabellos, empezó a besar sus hombros, su cuello, sus orejas. Elsa empezó a reír, sus entrañas se encendieron. Un grito. No supo si salió de su garganta o si fue Jano. Él se derrumbó sobre su espalda.

—No puedo escapar de ti —confesó Elsa, levantando la quijada.

—Claro que no.

Empezaba a sentirse asfixiada, pero no hizo esfuerzos para escabullirse. Sus senos aplastados la abrumaban, temía que se le fueran a quedar flácidos. Él se tumbó a un costado.

—Lo siento —dijo—. He estado un poco tenso.

—¿Nunca te ha dado miedo que no quiera regresar de mi viaje? —le preguntó Elsa, dándose la vuelta.

—Al principio sí. Ahora ya no.

—¿Y nunca te ha dado miedo que pueda enamorarme de otro hombre? —añadió.

Jano le puso la mano en la vagina.

—¿Y a ti no te da miedo que yo pueda armar mi vida con otra persona? —repuso. Ella tembló—. Si tú vuelves, yo te espero. Si no, pues no. Al final todo depende de ti.

Dijo esto y se levantó, sacó las toallas de las mochilas y se extendió sobre la suya. Elsa se remojó en el agua para liberarse de la tierra y las piedrecillas adheridas a su cuerpo. Luego se tendió junto a él. Se tomaron de la mano y la vista se les perdió en el cielo.

Allí estaban de nuevo, en aquel remanso escondido donde un año atrás se conocieron. Jano estaba bajando de la colina a toda velocidad y su bicicleta había derrapado en una curva. La cadena saltó por los aires. Mientras la buscaba entre los arbustos, divisó una laguna creciente que probablemente en estación seca solo era un manantial de poca profundidad. Se abrió camino entre las matas y avanzó hasta la orilla. No

tardó en descalzarse y metió las piernas hasta las rodillas. Aquellas aguas límpidas, aunque bastante frías, le parecieron ideales para nadar, incluso para bucear. Al volver al sendero de tierra para resguardar su bicicleta, distinguió a tres ciclistas aproximándose. No llevaban cascos; cuando los tuvo más cerca vio que se trataba de dos mujeres y un hombre. Desde lejos fijó su atención en Elsa, en sus piernas bronceadas pedaleando con una resolución distinta a la de sus acompañantes. Cuando los tuvo en frente reconoció a la otra chica y la saludó como si fueran grandes amigos. Deseaba quedarse con ellos, deseaba quedarse con Elsa. No le importó que le hubieran presentado al tercero como su novio. Les contó del percance que había tenido, pero no quiso hablarles del remanso que acababa de descubrir. Los tres bajaron de sus bicicletas y empezaron a buscar la cadena. Fue Elsa quien la encontró, recogida como un ovillo bajo el tronco de un cactus. Cuando se la entregó, Jano se ocupó en acariciarle los dedos.

Una vez que reparó la cadena y la colocó en su lugar, volvió a subir con ellos hasta la explanada que se extendía en la colina. Allí se acomodaron bajo un árbol y compartieron la comida. A poca distancia, un avión iba descendiendo con dirección a la ciudad. Elsa y su amiga comentaron qué impresionante era que aquel lugar se mantuviera tan rural, pese a hallarse en la zona de expansión urbana. Jano señaló que si hasta el momento la zona se mantenía intangible, era gracias a la proximidad de unos restos arqueológicos.

—¿Sí? —interrogó Elsa con atención.

—Sí, hay un torreón y varias ruinas más arriba. Esperemos que se conserven protegidos —repuso él sin quitarle la mirada ávida.

Ella se turbó, volteó hacia su novio, pero él se había dormido con el gorro puesto sobre la cara.

—Anoche se acostó tardísimo, pobre —explicó Elsa.

Los tres estaban iniciando el segundo año de una maestría, pero su novio trabajaba por las noches, así que sumarse a esa pedaleada le había supuesto un gran esfuerzo.

Elsa propuso subir hasta ese torreón. Jano se puso en pie de inmediato. Ada, su amiga, los miró con extrañeza. Como si en el aire percibiera que estaba de más, dijo que ella se quedaría leyendo un rato.

—No he estudiado para el examen de mañana —agregó.

No era una cuesta empinada, pero a sus espaldas Elsa sentía la respiración cada vez más encendida de aquel hombre.

—No es inca. Debe tener más de mil años —apuntó ella cuando llegaron al pie del torreón.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, simplemente —repuso.

Él pasó los dedos por el musgo que cubría aquellas bases de piedra; levantó la vista, su cúspide estaba derruida.

—Elsa, cuando bajemos por esa pendiente quiero que veas el lugar donde nos encontramos esta mañana, y quiero que lo recuerdes bien porque yo sé algo tan claro como que tú sabes que estas piedras fueron puestas acá hace más de mil años. Allá —señaló Jano con el brazo—, escondido en el bosque, hay un remanso de agua. Te digo que antes de que pase un año voy a estar allí contigo. Tú vas a ser para mí. Y yo nunca voy a estar cansado para ti.

Elsa no le contestó, se quedó mirando los perfiles del bosque, dio la vuelta y descendió rápidamente por el camino, hasta llegar al árbol donde se hallaba su novio.

Antes de que pasaran tres meses, empezó a salir con Jano, al principio a escondidas, después abiertamente. Una madrugada de fines de agosto, partieron en sus bicicletas hasta el remanso, pero por entonces era temporada seca
y el agua era escasa, apenas les cubría la cintura. Hicieron el amor sobre la toalla que Jano extendió en la hierba. Elsa temblaba; estaban juntos poco tiempo, pero sentía que ya no podía prescindir de él. Cada vez le mostraba que la conocía como nadie, cada vez la empujaba a experimentar más en el sexo. Aquella mañana había introducido un puñado de pasto en su boca y no la dejó hablar hasta que entre sus jadeos terminó tragándolo.

Su exnovio había abandonado la maestría y ella se había sentido culpable. Recostado a su lado, Jano le dijo que dejara de sentir culpas.

—Él debe haber tenido varios motivos para abandonar esos estudios faltando poco para concluirlos —arguyó—. Y, en cualquier caso, Elsa, ya nos somos niños, a todos nos ha tocado pasar por rupturas.

Le dio un beso y se levantó. Con sus manos tomó tierra seca, mezclándola con agua formó arcilla. Hizo dos muñequitos, hombre y mujer, y los puso a caminar en la orilla dando saltitos. Después los lanzó al agua.

—Que se vayan a bucear —señaló—. Nosotros volveremos cuando el remanso esté crecido.

Elsa se echó a reír. Él volvió a besarla, con la arcilla que quedaba en el suelo empezó a cubrir sus senos.

—A ti también te voy a moldear —le dijo—. Vas a estar más rica. Lista para el horno.

—Puedes matarme si quieres.

Elsa se escuchó pronunciar esas palabras y se estremeció. Pero ya tenía a Jano encima.

Esa mañana, ella le contó que le habían concedido la beca para hacer una pasantía en México. Él se había quedado callado. Por primera vez ella distinguió vulnerabilidad en su rostro.

—¿Será medio año, verdad? —le preguntó.

—Sí. Empezaré en marzo. Todavía faltan siete meses.

Él tomó un manojo de hierba seca y lo puso a flotar en el agua.

Y ahí estaban de nuevo, en ese mismo remanso, marzo otra vez. Las lluvias habían sido abundantes y lo hallaron más ancho y profundo de lo que hubieran imaginado. En tres días más, Elsa debía volar a México.

—Cuando vuelvas, si superamos la prueba de la distancia, ya podríamos pensar en vivir juntos —propuso Jano.

Ella sonrió, puso la toalla sobre sus hombros y se acercó a la mochila para sacar algo de comer. Estaba echando un poco de sal sobre las paltas que había llevado como refrigerio, cuando de nuevo le pareció oír ruidos extraños entre las matas.

—¿Has oído? —le preguntó.

Él dejó a un lado su lata de refresco y aguzó el oído por unos instantes. Tomó otro sorbo de refresco y se acercó hasta ella, que permanecía quieta.

—Puede ser el viento, pueden ser conejos; por último, pueden ser diez mil curiosos; pero qué importa —le dijo y tomó una palta—. No nos vamos a ver en mucho tiempo, gocemos del momento.

Ella lo abrazó, iba a besarlo, pero Jano la puso bocabajo y empezó a embadurnarla entera con la palta. Arrojó los restos al agua y la penetró sin pausa. Le estaba haciendo daño, pero no se quejó. No quería que ninguna discusión perturbara esos días de despedida. Él le había dicho que quizás en tres meses adelantaría sus vacaciones para visitarla. Ese plan la hacía feliz.

De repente, a lo lejos le pareció distinguir dos manos extendidas entre el pasto. Intento apoyarse sobre sus brazos.

—Jano, para un momento —pidió.

Él no parecía oírla.

—Me parece que al fondo hay unas manos —insistió.

—Ya basta, Elsa —carraspeó y empujó su cabeza contra el suelo.

Otra vez se sentía adormecida por su peso, pero cuando se derramó dentro de ella con un grito, besó sus manos. Jano olisqueó sus cabellos y se quedó dormido. Poco a poco, moviendo los hombros, Elsa consiguió que se diera la vuelta y lo cubrió con un fular.

Sentada sobre su toalla, se quedó mirando el agua. Un pájaro de cola azul pasó por encima del remanso. Giró la cabeza para seguir su curso, entonces volvió a verlas. Se levantó, dio dos pasos y se dio cuenta de que estaba muy adolorida. Avanzó dos pasos más. Gritó.

De un salto Jano apareció a su lado. El sol alumbraba las manos extendidas de una mujer, lívidas. Al acercarse descubrieron su cuerpo entero bocabajo, los cabellos revueltos cubrían el perfil de su rostro; aun así, dejaban ver un pómulo hinchado, el ojo amoratado.

—¿E… está muerta? —preguntó Elsa tartamudeando.

Él le tomó el pulso.

—Está muerta —confirmó.

—¡Quizás estaba viva hace un rato! —clamó Elsa en un sollozo.

—No digas eso. La hubiéramos escuchado.

Elsa recordó los conejos que más temprano había imaginado. Por su cabeza volvieron a aparecer en huida conejos blancos, negros, verdes, rosados, de orejas larguísimas y puntiagudas, de colas cortas y redondeadas.

—¡Yo te dije, Jano, que había unas manos!

—Cálmate, Elsa. Toca su piel, está helada. Seguro que ya estaba muerta cuando llegamos.

—Quizás estaba agonizando, ¡y nosotros hemos estado tirando como si nada!

—¡Basta ya! ¡Cómo podríamos haberlo imaginado!

Se trataba de una mujer de veintinueve años procedente de una barriada marginal ubicada a poco más de una hora de camino. La Policía del distrito no demoró en reconocerla y de inmediato dio orden de captura contra su marido. La noche anterior, sus vecinos habían escuchado una más de sus peleas, y por la mañana se ocuparon de sus tres hijos, que lloraban sin saber dónde podrían haberse ido sus padres. En los últimos años, ella había presentado varias denuncias por maltratos para luego retirarlas.

—No se sienta culpable. Esto podía ocurrir tarde o temprano —le dijo a Elsa el policía encargado del caso.

—¿Viste? —comentó Jano, mientras salían por última vez de aquella comisaría.

Ella lo miró a los ojos, otra vez le pareció un extraño.

—Deja de sentirte culpable por todas las cosas —volvió a decirle Jano en el aeropuerto.

—No, no me voy a sentir culpable —le dio un beso rápido y entró a la sala de embarque.

El avión empezó a elevarse por encima de la ciudad. Desde su ventana podía distinguir la carretera del sur llena de autos a media semana, también caminos de herradura, bosques, algunas lagunas y remansos. Sus senos estaban rasguñados y el roce del sujetador le dolía. Su quijada también estaba lastimada. No se había percatado hasta que se vio en el espejo de la comisaría. La niña que viajaba a su lado le señaló la herida:

—¿Quién te hizo eso? —preguntó.

Elsa se sonrojó, se revolvió en su asiento.

—Yo misma, sin darme cuenta —repuso y volvió la vista a la ventana. Ya la ciudad quedaba lejos. Comenzó a despedirse. Sus manos jugaron pegadas al cristal, agitándose de izquierda a derecha, de derecha a izquierda.

Al final de la lluvia

A Mirella Linares

Los tambores repicaron desde lejos, sonaron como la proximidad de la tormenta. Amalia corrió al patio, la ropa lavada se mecía en los cordeles. Estaba descolgando la primera prenda, una blusa roja con encaje blanco en las mangas, cuando se dio cuenta de que el cielo estaba despejado. Los tambores seguían chasqueando. Colocó la blusa en la canasta y descolgó una falda de algodón, después una camisa a cuadros. Entonces distinguió el silbido de flautas de caña y a su madre a pocos metros, oteando el horizonte.

—Los chunchos están volviendo —le avisó.

—¿No es lluvia?

Su madre negó con la cabeza. Amalia fijó la vista en la blusa que había dejado en la canasta, sin saber si debería volver a colgarla, sintiendo el peso de la falda y la camisa, todavía húmedas, que sostenía en el antebrazo. El sonido de las flautas llegaba más agudo.

—Ya están cerca —acotó su madre, sin moverse del umbral de la puerta —. Seguramente irán a la plaza.

—¿Vamos a verlos?

Su madre asintió y volvió a perder la mirada en el cielo sin nubes. Amalia colgó nuevamente las tres prendas y hubiera querido quitarse de encima la ropa que llevaba puesta, quedarse solo con su falda, como las mujeres de los chunchos.

Eso era lo que en San Juan del Oro más se comentaba sobre ellos: que andaban calatos, apenas cubiertos con taparrabos, las mujeres con faldellines hechos de palma. No los pudo ver la última vez que se presentaron. Había ocurrido dos años antes, mientras Amalia estaba selva adentro, ayudando a sus hermanos con la cosecha de café. De nuevo habían llegado con pepitas de oro que cambiaron por machetes y por alcohol para las heridas. Dos días se quedaron en San Juan del Oro, que por entonces era un caserío disperso, con no más de cuarenta casitas de madera arremolinadas alrededor de lo que podría llamarse la plaza. Pasaron la noche arrimados unos junto a otros cerca del río. Le contaron que su viejo jefe ya no estaba, en su lugar había uno joven. Propusieron intercambiar un muchacho de los suyos por una del pueblo, para que sus descendencias ayudaran a unos y otros a enfrentar las enfermedades extrañas que estaban apareciendo en los nuevos tiempos. El gobernador los

había ahuyentado como al diablo. ¡Qué se creen esos salvajes!, comentaba la gente del pueblo. Después habían hecho chistes. Todavía se escuchaban esos chistes.

La primera vez que Amalia los vio, tenía siete años. Los recordaba sentados en círculo bajo el patio techado del gobernador, que era al mismo tiempo el acopiador de café y oro. Conversaban en una lengua que sonaba como canto de pájaros. Azules y rojas eran las plumas de guacamayo que el más viejo llevaba como tocado sobre su cabeza. Habían pedido que los llamaran n'omole, no chunchos, pero era un nombre difícil de pronunciar y a los pocos días pasó al olvido, como el goteo blanco de los árboles de caucho. Lo que todos recordaban era el tejido de líneas laberínticas sobre el que extendieron una cosecha de pepitas de oro, muchas del tamaño de granos de café.

La segunda vez los vio de más cerca, pero no recordaba nada, o lo recordaba como un sueño. Tenía doce años y estaba regresando de la chacra sola, arrastrando un pie. Había pisado una trampa; por más que gritó pidiendo ayuda, nadie la escuchó. Con mucha dificultad consiguió zafarse, pero ya no tuvo fuerza para retirar de la trampa a la cría de sachavaca que había caído antes y estaba agonizante. Cada paso que daba le dolía, con horror observaba las gotas de sangre que iba dejando. Escuchó el sonido de la tormenta, pero ninguna lluvia asomaba. Los árboles seguían sacudiéndose como si se estrellaran. Una manada de sajinos, imaginó. Un tronco milenario derrumbándose, deseó. Se quedó quieta, y casi dejó de respirar cuando ante sus ojos la tuvo. Una serpiente de piel brillante, oscura, en un instante desde el suelo se irguió. Como si Amalia fuera un sapo, se quedó mirándola, hipnotizándola. Pero ella no era un sapo listo que supiera colocarse un largo palito en la boca para evitar ser engullida. Le extendió la mano, o eso era lo que años más tarde recordaría como un sueño. Un sueño secreto.

Anochecía cuando la hallaron tendida en el camino, delirando. Nada pudo hacer el guardián de los medicamentos, nada el hierbero. En una pierna llevaba la huella de la trampa; en la otra, la del ofidio, hinchando de pus el largo de su pierna. ¿Cómo era?, le preguntaban, sin que ella pudiera responder. ¿Va a morir?, preguntó su madre al tercer día. Nadie quiso contestar. Entonces llegaron los chunchos.

El padre de Amalia había muerto solo tres meses antes, atacado por la fiebre amarilla. Vestida todavía de luto, su madre la cargó hasta el río, hasta los pies del viejo líder de toca emplumada. Solo un poco más allá estaba el erial usado como cementerio, poblado por huesos de muchos niños y adultos; aún nadie había llegado a morir anciano en San Juan del Oro. Piedras blancas cubrían las tumbas, sus cruces estaban carcomidas por termitas y hormigas, por la humedad y las lluvias.

Con las pocas palabras de castellano que manejaba, el viejo también había preguntado cómo era la serpiente que mordió a Amalia. No hubo manera de que ella hablara. Seguía delirando, como si repitiera el sonido de la tormenta. El anciano empezó a caminar por la orilla, atento al agua como si buscara un pez o una perla engarzada entre las algas. De repente se agachó y extrajo un guijarro de jaspes rojizos, después uno enteramente negro. Frotando uno contra otro consiguió que sangraran. Con esa savia densa y oscura roció la herida más profunda de la niña.

Dos días después se marcharon cargando machetes y alcohol. Amalia siguió delirando. Su madre no dejaba de observar el cementerio donde había enterrado a su marido una tarde de mayo de 1947. De su cruz ya se había borrado el nombre. Al otro lado del río, en una canoa, los chunchos cuyo nombre verdadero estaba borrado de su memoria se alejaban, remando contra la corriente.

Y ahora Amalia los tenía de nuevo ante sus ojos. Sobre el suelo, en su tejido de laberintos, una pepa de oro casi tan grande como un limón atraía la mirada de todos sus vecinos. El gobernador la tomó en sus manos, la elevó hasta la altura de sus ojos y la examinó de la misma manera que miraba a Amalia cada vez que acudía a dejar saquillos de café molido en su tienda.

—¿Qué quieren a cambio? —preguntó, apretando en su mano derecha la pepa de oro.

El líder n'omole miró a Amalia. El gobernador negó con la cabeza y se echó a reír, la atrajo contra sí aferrándola por el brazo y siguió riendo. Ella bajó la mirada a sus piernas. El joven n'omole irguió el cuello, las plumas de su tocado rozaron el techo de palmas.

—Eso quiero —dijo, señalando la escopeta que brillaba desde el interior de la casa.

El gobernador volvió a negar con la cabeza. Sin dejar de apretar el brazo de Amalia, ordenó a su esposa que de sus depósitos sacara cuatro damajuanas de aguardiente.

Por la noche colonos y n'omoles bailaron en ronda, mezclados los sonidos de tambores, guitarras y flautas de caña. El gobernador bebía de su vaso lentamente, sin permitir que Amalia se marchara de su lado. Su madre trataba de mantenerse cerca, a ratos observaba sus piernas lastimadas: la larga cicatriz de la trampa en la derecha; en la izquierda, la otra, circular y profunda, que no permitía que Amalia caminara con la normalidad de otras muchachas, que tampoco permitía que ningún joven soltero se fijara en ella. Amalia le sonrió, la tomó de la mano y la sacó a bailar. Desde su silla, el gobernador volvió a mirarla como si fuera una manzana de oro. La lluvia irrumpió de repente, con rayos que no cesaban. Multitud de canalillos de agua empezaron a discurrir entre los pies que

antes bailaban.

Por la mañana, los hermanos de Amalia se levantaron tarde y solo hallaron a su madre disponiendo café, yuca y paltas sobre la mesa. Mientras se sentaban, preguntaron por su hermana.

—Salió de madrugada a retirar trampas. Puros cachorros estamos cazando últimamente —repuso la madre y tomó un sorbo de café.

Sus dos hijos empezaron a comer, hablaron del oro de los chunchos, de su desvergüenza para bailar y beber. Ella apretó

las manos contra el fierro desportillado de su taza. Quemaba, hubiera deseado que su pena se consumiera quieta, negra, solamente humeante. También hubiera deseado marcharse con Amalia.

En la canoa que iba perdiéndose bajo las sombras del bosque asomado al río, Amalia iba contemplando el bailar de sus cabellos en el reflejo del agua. No mires atrás, le había advertido su madre. No sabía cuándo podría entender el idioma de sus acompañantes, también deseaba aprender su destreza para remar. En sus piernas las cicatrices parecían haber encontrado el camino de la serpiente.

Las hogueras de Iruna

La radio anunció que la guerra había terminado. Eran las cuatro de la tarde y el tiempo quedó por unos instantes detenido. Aunque desde hacía varias semanas se vislumbraba que era inminente, hasta ese momento nadie creía de verdad que llegaría el final. En Iruna, el alcalde publicó un edicto de celebraciones por la paz y marchó a la cabeza de una banda de músicos. En letra pequeña, la única prohibición del edicto era el uso de fuegos artificiales. Los excombatientes entraban en pánico ante cualquier ruido que asemejara una detonación. Las calles fueron ocupadas por bailes, cantos y juegos de disfraces. Un carnaval en medio de octubre.

Esa noche, un grupo de jóvenes se fue a acampar a las aguas termales de Adunay, a dos horas de camino. Eran tres pozos incrustados entre dos montañas, contiguos a un río de agua helada. Mientras se quitaban la ropa, en las colinas del lado opuesto divisaron una hoguera.

—Todavía es muy pronto para celebrar —advirtió Fritz, el muchacho pelirrojo que siempre llevaba una armónica en el bolsillo.

Todos se quedaron en silencio, como si en cualquier momento la guerra que no había alcanzado los suelos de Iruna pudiera irrumpir con sus fragores de metralla y humo. El río corría salpicando gotas frías en las espaldas de aquellos chicos, tres mujeres y cuatro varones; el mayor acababa de cumplir dieciocho años.

Abajo, en el valle, aún era posible distinguir las hogueras que animaban la euforia del pueblo. También llegaban ecos del repique festivo de los tambores. Fritz empezó a tocar su armónica. Los demás se echaron a nadar en los tres pozos; el más pequeño era el más caliente, sus aguas burbujeaban. A ratos, los más intrépidos salían para darse un chapuzón en el torrente helado. El choque de temperaturas les estremecía hasta el cerebro; pero ya se iba borrando el temor a que el río arrastrase cadáveres de las batallas sucedidas arriba de las montañas.

Así había retornado a Iruna el hermano mayor de Fritz, con cuatro orificios en el pecho, pálido como la leche cortada, recubierto de algas. Como un héroe, fue enterrado en el ala principal del cementerio. Por deseo de su madre, su tumba fue ancha para dar cabida a otros dos cuerpos también arrojados por el río que nadie en los rededores supo reconocer. Algunos murmuraban que tal vez estaban prestando honras fúnebres a la gente del bando enemigo. Difícil era saber, esos dos cadáveres llegaron con el torso desnudo, sin ninguna medalla que avisara cuáles fueron sus nombres.

Al borde del pozo pequeño, Fritz permanecía sentado, seco, hasta que

Lena lo empujó. Su armónica se quedó flotando entre burbujas. Ciertamente aquellas eran aguas cargadas de sales y minerales. Apoyados en el quicio de los pozos, otra vez los siete muchachos se quedaron mirando las colinas del frente. La hoguera solitaria de esa quebrada seguía distinguiéndose alta.

—¿Quién estará allí a estas horas? —preguntó Regina, la hermana menor de Fritz.

—Solo puede ser alguien que no es de Iruna, o quizás, más bien, alguien que conoce demasiado bien la historia de Iruna —opinó Lena.

Unos a otros se miraron turbados. Einar, el más chico de todos, se levantó y durante largos minutos se estiró de cuerpo entero en el río helado.

—Alguna vez tendríamos que ir a bañarnos en las colinas de enfrente —desafió Hilda, la hermana gemela de Lena.

Esas colinas también albergaban aguas medicinales. Un solo pozo de aguas heladas. Se decía que eran buenas para sanar hemorroides y reducir cicatrices. También decían que las mujeres que no deseaban más hijos debían bañarse allí siete mañanas seguidas. Pero nadie debía merodear la zona por las noches, ni mucho menos acampar en sus orillas. Esas recomendaciones se convirtieron en prohibiciones al comenzar la guerra.

Por esos días, una familia de refugiados había aparecido en Iruna. Con su carreta llena de bártulos, quisieron asentarse en los márgenes del pueblo, pero el alcalde no lo permitió. «En cuanto dejemos que se instale uno, nos veremos invadidos por legiones», arguyó. La mayoría de sus vecinos le dio la razón. Para pasar la noche se acomodaron cerca del pozo de aguas heladas. Aguas que también eran tóxicas. A la mañana siguiente ninguno despertó, ni el perro que los acompañaba. Los enterraron juntos en una tumba abierta a cien metros del pozo. Familia Arama, escribieron en una cruz. Ese era el apellido que aparecía en la única cartilla de identidad que hallaron en los bolsillos del padre. No eran tiempos para hacer mayores averiguaciones, pero quedó la extrañeza de comprobar que no guardaban nada de valor en sus maletas ni en sus ropas. Durante mucho tiempo se miró con desconfianza a los pastores que los habían encontrado, hasta que estos fueron convocados a las filas del Ejército. Volvieron dos semanas antes de la declaratoria del final de la guerra: uno cojo, el otro sordo del oído izquierdo, tan pobres como antaño.

Los siete muchachos siguieron jugueteando en los pozos hasta que Einar empezó a estornudar. Bruno y Walter, sus hermanos mayores, se aprestaron a encender un fuego. Alrededor de esas llamas los demás se fueron secando y acomodando para dormir.

«Un día el río devolverá los nombres entregados a la hoguera». Lena despertó escuchando el crepitar de esas palabras en los labios de Einar. Sacudiendo a Bruno por el hombro, le avisó en voz baja:

—Tu hermano está mal, está delirando.

Bruno se irguió y pudo escuchar a Einar. Se acercó a su lado y lo quiso despertar.

Einar abrió los ojos, pero aún no salía del sueño:

—Un día el río devolverá los nombres… —se quedó balbuceando.

Bruno le puso la mano en la frente.

—Me parece que no tiene fiebre —opinó.

Lena hizo lo mismo y confirmó que no había fiebre. Amodorrados, los demás empezaron a despertar.

—¡No fueron los pastores! —clamó Einar y se echó a llorar.

Todos sabían que no habían sido los pastores quienes asaltaron las maletas de aquellos refugiados muertos al otro lado del valle; como no fueron los pastores quienes en los meses y años sucesivos fueron despojando de sus bienes a nuevos grupos de desplazados que llegaban a Iruna. A cambio de darles cobijo o un servicio de pase a la frontera, les quitaban sus joyas, sus abrigos más caros, a veces hasta sus dientes de oro. Tampoco fueron los pastores quienes arrojaron desde el acantilado a los cuatro soldados desertores que una tarde de otoño arribaron a Iruna pidiendo clemencia con acento extranjero.

Fritz estiró las piernas y tomó su armónica. Lena avivó las brasas de la hoguera y puso a tostar una hogaza. Nadie se atrevía a dar el primer bocado. Einar seguía temblando, atrapando su delirio entre los dientes. De Iruna ya no llegaba ninguna música. En las colinas del frente, una ancha columna de humo se agitaba. Tal vez fuera el viento que soplaba fuerte a las seis de la mañana.

—El alcalde debe haber quemado los papeles de esos refugiados —afirmó Einar.

—Y también estará quemando las cartas y fotografías que en sus morrales guardaban esos chicos desertores —añadió Hilda.

—Ahora en Iruna todos diremos que el alcalde era el único villano —señaló Fritz cantando.

Regina tomo la hogaza, la partió en siete trozos, y dando la espalda a la hoguera, se quedó mirando el río. Había tomado para sí el trozo de pan más tostado. Cuando le dio un mordisco, el crujido sonó como el suspiro de un gigante.

Fritz dejó su pan al borde del pozo mayor, acercó la armónica a sus labios y empezó a tocar una melodía de fiesta.

Volverá del mar y tendrá tus ojos

Para Marisa Martínez
y José Manuel Dávila

Aquella noche puso en sus manos una perla de color púrpura. Le dijo que había llegado el momento de marcharse, que ya nada malo les podría ocurrir. Maya la apretó en su palma y se quedó examinándola. Tenía una textura particular, le pareció seda. Acaso si la siguiera frotando se abriría como una ola y un tejido de colores se expandiría por el suelo de su casa, por su jardín y los senderos que conducían al mar.

—¿Cuántas perlas tenemos ahora? —preguntó.

—Veintidós. Casi tantas como los años que llevamos aquí —repuso Baru y pasó la vista por los enseres de aquella cabaña de piedra, palmeras y barro.

Cuando llegaron a la isla por primera vez, nada tenían. El único lugar que hallaron disponible eran las ruinas de una casa que había sido arrasada por un maremoto nocturno medio siglo atrás. La gente de la isla evitaba acercarse. Decían que los fantasmas de sus antiguos ocupantes deambulaban por sus rededores como si aún habitaran el sueño en el que les alcanzó la muerte. Ellos temieron esas palabras, pero también consideraron la fortaleza de las ba-

ses de esa casa, piedras graníticas que lograron resistir el maremoto.

—Yo ya no sueño con volver a tierra firme —dijo Maya—. Me da miedo.

—Aquí también llegamos con miedo y no hemos vivido mal, después de todo.

Ella asintió.

—Al fin una perla púrpura —musitó y la acercó a su oído.

Púrpura era la noche en que huyeron de su pueblo. Solo pudieron despedirse de la madre de Baru, y ella no los retuvo:

—Es lo mejor —pronunció, y en las manos de su hijo apretó un tizón apagado del fogón de su cocina—. Siempre has sabido lo que hay que hacer, aunque duela. Donde vayas, sabrás qué hacer.

Tomaron la primera barca que partía rumbo al sur. Tras once horas de viaje, se detuvieron una noche en el primer puerto de destino y desde allí navegaron dos días más hasta llegar a Roshan, la isla más septentrional del archipiélago. Poca gente la habitaba, eso oyeron decir. También les dijeron que sus profundidades albergaban perlas de todos los colores. Era solo una

leyenda. Pero hablaban de algo que él sabía hacer.

Había matado a un hombre de su misma edad, de su mismo pueblo. Aquel hombre apenas ofreció resistencia. Al verlo acercarse a su barca, con su navaja reflejando las nubes del mediodía, retrocedió unos pasos, no supo qué decir, o quizás sabía que nada podía ni debía argumentar. Detrás tenía el mar y en sus bolsillos no guardaba ningún arma, solo hilos para remendar una red. Su sangre empapó su camisa, su rostro fue empalideciendo hasta casi confundirse con el color de la arena. Junto a él hallaron la navaja, con la sangre coagulada en toda la extensión de su hoja. El mango tenía incrustada una perla en su remache superior. No era difícil reconocer a quién pertenecía. Alguien debía tomar venganza.

—A saber cuándo terminará esta historia —dijo el hermano del muerto, recorriendo con los dedos el hilo de cobre que daba vueltas al mango de la navaja. Con arena limpió la hoja y la enjuagó con el agua espumada que llegaba a sus pies.

—Con esta misma navaja vendrá la venganza —sentenció su hermana y comenzó a gemir, restregándose los cabellos contra su cara.

—Tal vez ese sea el final —repuso el hombre y empezó a dar pasos lentos por detrás del cortejo que trasladaba al muerto a su casa.

Veintitrés años habían transcurrido desde aquella tarde. Las perlas marinas eran cada vez más escasas y su precio había seguido subiendo. A una y otra orilla de aquel océano habían cambiado muchas cosas, pero no dejaban de estar alejadas ni se había dejado de hablar distintos idiomas.

—Es cierto que estos arrecifes guardaban perlas de colores —señaló Maya.

Baru asintió y tomó su mano. Todavía sentía culpa por lo que le ocurrió. Ella se levantó de su silla y caminó con firmeza hasta la mesa. Tomó un limón y lo empezó a tajar en rodajas muy finas, se acercó al fogón y con ellas cubrió el pescado que ya estaba dorado en la sartén. Añadió una pizca de pimienta blanca y apagó el fuego. Él no dejaba de mirarla, a veces le parecía que Maya podía verlo mucho más adentro de lo que sus palabras y gestos pudieran revelar.

Habían pasado la noche de bodas en su cabaña, cerca de los arrecifes donde se conocieron. A medianoche abandonaron su lecho para bucear, como si al amarse en las aguas más profundas su deseo pudiera liberarse del miedo impregnado en la raíz de sus cabellos. A ratos volvían a la superficie para tomar aire y solo podían avizorar un horizonte despejado. Por la mañana ella se había lavado los cabellos con un jabón de sebo de tiburón. Al mediodía brillaba de nuevo, intensamente negro, y otra vez se lanzaron al mar.

Estaban lejos del puerto, confiaban en que nadie los podía ver, así como ellos habían perdido la vista de su cabaña. Desde su barca, se

zambulleron uno tras otro. Las aguas estaban agitadas y arrastraban miríadas de peces diminutos que ondulaban entre sus cuerpos. Trataban de enlazarse y les costaba, querían reír y perdían el aire. Al fin Baru consiguió penetrarla. Habían llegado al límite, en cualquier momento podían perder la consciencia. Maya tiró la cabeza para atrás; en ese momento, desfallecer no era algo que le importara. Entonces la vio. Parecía bailar entre los brazos de un coral, ascendiendo entre el plancton, como si también necesitara del aire. No lo dudó. Con la mano derecha la tomó y con la otra se elevó, llevando consigo a Baru, enlazado aún entre sus piernas. En la barca la abrieron, era una concha casi tan grande como un coco. Maya se había herido al arrancarla de entre los corales, su sangre fue tiñendo la ostra que albergaba. Con su navaja, Baru terminó de abrirla. En su interior hallaron la perla que auguraban. No era grande, pero era la primera que encontraban desde el día en que anunciaron su matrimonio, desde el día que temieron azuzar a los demonios de la venganza.

—Es una buena señal —aseguró ella.

—Es el regalo de bodas que nos da el mar —repuso él.

Al volver, hallaron las ventanas de su cabaña abiertas y un aire frío extendido en el ambiente. Maya preparó un caldo de ostras y, para acompañarlo, tajó dos limones con casi tanta destreza como la que mostraría veintitrés años más tarde.

Todavía no habían abierto sus regalos de bodas. El aroma del caldo se expandía por la cabaña. Baru no pudo aguardar. Se acercó al fogón y llenó su cuenco de sopa. De pie, empezó a tomar una cucharada tras otra. Ella se sentó junto a la mesa y desenvolvió el primer regalo. Era una alfombra de trazos rojos y guindas con un sol anaranjado en su centro. Era el regalo de su madre. La había visto tejiéndolo cada tarde, durante los tres meses que duró su noviazgo.

—Y esta caja tan bonita, ¿sabes tú quién la trajo? —le preguntó a Baru, mientras la acercaba a su lado.

Él negó con la cabeza y se metió otra cucharada de sopa en la boca. Maya extrajo el regalo de su caja de colores. Era un reloj de cuerda, labrado en madera y bronce.

—¡Tenemos que recordar quién trajo este regalo hermoso! —exclamó y lo puso sobre la mesa.

Baru recordó, pero ella ya le estaba dando la cuerda. No hubo tiempo para que dijera «Yo conozco, Maya, ese reloj»; «No puede ser, Maya, que alguien nos haya enviado este regalo»; «No lo toques, Maya». Antes de que pudiera reaccionar, las agujas del reloj ya habían explotado y la alfombra extendida sobre la mesa empezaba a quemarse. Baru arrojó la olla de sopa entera sobre el reloj. Así evitó que se produjera una segunda explosión. Pero el daño ya estaba hecho.

Pasaron dos semanas antes de que el médico de la ciudad más próxima

retirase la venda de los ojos de Maya. Entonces solo pudo confirmar lo que la curandera que primero la examinó había advertido. Sus retinas estaban rotas y nunca podría recuperar la vista. Las rasgaduras que marcaban su rostro se irían borrando con los meses, quizás solo quedara en su frente alguna huella de la más profunda. Maya se quedó impávida, con los ojos ciegos puestos en las manos de Baru, como si pudiera ver cómo temblaban.

Hacía solo nueve meses que la familia de Maya había llegado al pueblo de Baru huyendo de una guerra. También eran gente de mar, recolectores de perlas. Buscaban la paz, pero al quinto día en que ella, su hija más joven, se echara a bucear, regresó tarde, sin ninguna perla, sin ninguna pesca, solo acompañada por aquel desconocido. En las semanas siguientes seguirían buceando juntos, a veces regresaban con merluzas, ostras; una sola vez volvieron con una perla jaspeada que el padre de Maya estrechó contra su pecho. Hubiera querido guardarla, pero no le quedaba otra opción que venderla. Al día siguiente, extrañamente, Baru dejó de aparecer. «Volverá, volverá», aseguraba Maya, y solo cuando buceaba en los arrecifes se echaba a llorar.

Baru regresó cuando faltaban diez días para el matrimonio que tenía pactado con otra mujer desde hacía un año. «Ya no tengo ataduras», les comunicó a los padres de Maya. Aquella tarde los lamentos de la novia abandonada se pudieron oír hasta la playa. En los días siguientes, en el pueblo solo se habló del encierro de la bella Olaya.

—Esto no se va a quedar así —escuchó Baru del hermano menor de la desdichada, en la única ocasión en que se tropezaron en el mercado.

Maya y Baru sabían que era mejor esperar, un año al menos, pero era desbordante el deseo por hacer el amor día y noche; no bastaban las escasas ocasiones en que podían sumergirse a solas en el océano. A veces regresaban con buena pesca; en más raras ocasiones, con alguna perla; otras veces, con las manos vacías y el rostro ardiente; alguna vez retornaron con abundante pesca y una perla. Baru no tardó en pedir su mano en matrimonio.

Un reloj de cuerda con agujas y manivela de bronce era uno de los bienes más preciados en la casa de Olaya. Su madre se lo había prometido como regalo de bodas. Baru no había prestado atención, no la suficiente. Hasta que ese reloj estalló por los aires en la mesa de Maya.

Y Maya no podría verlo más, ni podría bucear en el fondo del mar recogiendo corales, estrellas de mar, perlas. Ni podría abrir los ojos en las aguas profundas para advertir el peligro de un pulpo de anillos azules. Sus pupilas quedaron rasgadas como si un rayo las estuviera atravesando. Un rayo que podía ser una navaja.

—Puedes marcharte y dejarme —le dijo Maya.

—Sabes que no lo haré.

—Sin ojos para ver, no quiero tener hijos—sentenció.

—No me importa.

—Puedes marcharte, Baru —insistió—. Aprenderé a tejer redes y podré sobrevivir hasta vieja.

—No me iré.

No se fue y con su navaja afilada hasta la barca del hermano de Olaya arribó.

En Roshan nunca fueron perturbados por los fantasmas de la casa en cuyas bases de piedra se asentaron. En ocasiones sí, cuando a la isla anclaba alguna barca con gente extraña, les parecía escuchar el lamento de Olaya, el golpe seco de la cuchillada que mató a su hermano, los pasos zigzagueantes de los hijos que no tuvieron. Habían podido sobrevivir vendiendo a los comerciantes de la isla mayor las perlas que Baru hallaba en las aguas profundas de Roshan. Las más extrañas las guardaban para sí, para el futuro en el que podrían tomar un barco de retorno al pueblo donde quedaron sus familias. Y ya tenían veintidós.

—Nada nos podrá ocurrir si volvemos —insistió Baru—. Han pasado tantas cosas en ese lado del mundo. Cosas peores que maremotos.

Sobre todo una guerra que duró siete años, una guerra que hacía nueve meses había acabado, dejando millares de muertos, exiliados, también mutilados, muchos mutilados.

—¿Quién podría pensar en venganzas ahora? —añadió Baru.

Maya apretó la perla entre sus manos.

—Una perla púrpura —afirmó—. ¿De qué cosas habrá tenido que defenderse para tomar este color?

Cerraron la cabaña. Con el viejo tizón traído de un fogón del pueblo que un día abandonaron, en la puerta escribieron sus nombres: Maya-Baru. No sabían si algún día tendrían que volver.

Índice

Todo es un juego
Reyes del bosque
Cola de mono
Mar de Alú
Ventanas rotas
Juego de manos
Al final de la lluvia
Las hogueras de Iruna
Volverá del mar y tendrá tus ojos

La desaparición de una niña que juega a diario con seres mágicos; los desplazados por la guerra que son víctimas del desprecio de quienes debían protegerlos; un grupo de universitarios que debuta entre las filas del MRTA; comunidades amazónicas que son arrasadas por la codicia del mundo moderno; y un caminante que regresa al lugar de su nacimiento en busca de los retazos de su identidad son algunas de las tramas que componen *Lluvia*. Su autora explora, transitando desde el realismo más crudo hasta registros de aliento fantástico, los claroscuros de la condición humana: el deseo, la traición, el amor y la muerte.

Como quien se asoma a un pozo infinito, Karina Pacheco nos sumerge en los abismos de la inocencia, en un recorrido simbólico donde la memoria, como un torrente incontenible, se infiltra en los paisajes más disímiles de una sociedad que pareciera no hallar redención.

Publicado originalmente en Seix Barral

Bordes

«Historias con una alta factura poética, que nos permiten cuestionarnos y acabar su lectura con más preguntas que respuestas»,

Andrea Cabel.

«La escritora más importante de la narrativa peruana actual»,

Jaime Cabrera Junco.

Planeta M.R.

eBook DISPONIBLE

ISBN: 978-612-4430-11-4

9 786124 430114

www.planetadelibros.com.mx